



HERALDOS DEL EVANGELIO

N.º 275 - Junio 2026

*Sacerdotes
para siempre*



Su amor es fiel

Escribe San Gregorio de Nisa: «¡Feliz flecha, que consigo lleva hasta el corazón al Dios que la ha lanzado!». El santo Padre quiere decir que, cuando Dios lanza una flecha de amor a un corazón —esto es, una luz especial con la que le da a conocer su bondad, el amor que le tiene y el deseo que tiene de ser amado por él—, en ese momento viene Dios mismo junto con esa flecha de amor, ya que Él, que es el arquero, es el propio Amor, porque: «Dios es amor» (1 Jn 4, 8). Y así como la flecha queda clavada en el corazón que ha herido, así Dios, al herir un alma con su amor, acaba permaneciendo siempre unido a esa alma que ha herido.

Convenzámonos, oh seres humanos, de que sólo Dios nos ama de verdad. El amor de los familiares, de los amigos y de todos los demás que dicen amarnos —excepto aquellos que nos aman únicamente por consideración a Dios— es un amor interesado, orientado a algún fin de amor propio, por el que nos aman.

Sí, Dios mío, sé muy bien que sólo Vos me amáis y me queréis mucho, no por vuestro propio interés, sino únicamente por vuestra bondad, únicamente por el amor con que me amáis; y yo, ingrato, a nadie le he causado tantos disgustos, tantas tristezas como a Vos, que me habéis amado así. Jesús mío, no permitáis que siga siendo ingrato con Vos. Me habéis amado de verdad y yo quiero amaros de verdad en esta vida que me queda. Os digo con Santa Catalina de Génova: «Amor mío, no más pecados, no más pecados»; sólo a Vos quiero amar y nada más.

SAN ALFONSO MARÍA DE LIGORIO.

De bem com Deus. Aparecida:

Santuário, 2010, pp. 11-12.

Sagrado Corazón de Jesús -
Catedral de Nuestra Señora y
San Felipe Howard, Arundel (Inglaterra)

Director Responsable
Edición internacional:
Mario Luiz Valerio Kühl
Director edición México:
José Antonio Gonçalves Domínguez

Consejo de redacción:
Severiano Antonio de Oliveira;
Silvia Gabriela Panez;
Marcos Aurelio Chacaliza C.

Publicado por:
Heralds of the Gospel Foundation
P.O. Box 42359
Houston, TX 77242
United States of America
Phone: 281-676-8526
E-mail: hgmag@heraldsusa.org
www.heraldsusa.org

Virgin of Fatima Association
P. O. Box 698
Nobleton, ON L0G 1N0
Canadá
Phone: 1-800-674-3410
www.virginfatima.org
E-mail: vfa@virginfatima.org
Canadian Publications Mail,
Sales Agreement No. 40035333

México
Publicado en México por Futuro y Vida AC
Av. Parque Vía Reforma # 1950
Lomas de Chapultepec
Alc. Miguel Hidalgo
C.P. 11000 - Ciudad de México
Tel: 552591.9161
E-mail: respuestas@heraldosmexico.org

Impreso mensualmente en
Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.
Centeno 162 - 1, Col. Granjas Esmeralda,
C.P. 09810 - Ciudad de México

Esta impresión consta de 1000 ejemplares

© 2026 Todos los derechos reservados. Se autoriza la reproducción de cualquier artículo, siempre que se acredite la fuente y se envíe una copia a la Revista Heraldos de Evangelio. La responsabilidad por lo expresado en los artículos y notas es estrictamente de sus autores.

Para suscribirse, póngase en contacto con cualquiera de las direcciones indicadas anteriormente.

SUMARIO

➔ PREGUNTAN LOS LECTORES.....	4
➔ EDITORIAL	
Sacerdotes en el tiempo y en la eternidad	5
➔ LA VOZ DE LOS PAPAS	
El mayor tesoro de la Santa Iglesia	6
➔ LA LITURGIA DOMINICAL	
María: el camino hacia la Eucaristía	8
Un pueblo sacerdotal	9
Líbrame, Señor, de mis «amigos»	10
Si hemos muerto con Cristo, viviremos con Él	11
➔ TESOROS DE MONS. JOÃO	
Signo de insuperable amor	12
➔ TEMA DEL MES – LA SAGRADA EUCARISTÍA	
«Siendo muchos, formamos un solo cuerpo»	16
Adoración eucarística – «El Maestro está ahí y te llama»	20
➔ SANTO TOMÁS ENSEÑA	
¿La Eucaristía previene los pecados futuros?	23
➔ ENSEÑANZAS BÍBLICAS	
Prefiguras eucarísticas – Augusto misterio, prefigurado desde el principio	24
➔ HISTORIA, MAESTRA DE LA VIDA	
Al rescate de Jesús	28
➔ ¿QUÉ DICE EL CATECISMO?	
¿Cómo honrar la Sagrada Eucaristía?	31
➔ VERDADES CATÓLICAS	
Eucaristía y sacerdocio – «Otros Cristos»	32
➔ HERALDOS EN EL MUNDO	36
➔ ESPIRITUALIDAD CATÓLICA	
Sacerdocio y Nuestra Señora – Abrazados a María	42
➔ VIDAS DE SANTOS	
14 de junio – San Eliseo – Otro Elías	44
➔ DOÑA LUCILIA	
«¡La felicito por el hijo que tiene!»	48
➔ TENDENCIAS Y MENTALIDADES	
Hermana Pobreza y Dama Grandeza	50



Archivo Revista

12 Culminación de la convivencia con Dios en esta tierra



João Paulo Rodrigues

32 Sin sacerdocio no hay Eucaristía



Stephen Nami

36 Ordenaciones diaconal y presbital



Reproducción

42 Sacerdotes: hijos predilectos de la Santísima Virgen

Envíe las preguntas para el P. Ricardo al correo
preguntanloslectores@heraldos.org



✠ P. Ricardo José Basso, EP

Aún estoy formándome en la recta doctrina, por eso le estaría muy agradecido si diera respuesta a estas preguntas:

David Cebrián Romero – Vía correo electrónico

«Todo fue creado por y para Jesucristo». Pero leyendo a San Antonio el Grande, he hallado la siguiente frase: «Todo lo que Dios hace, lo hace para el hombre, porque Él es bueno». ¿Cómo se armonizan estas afirmaciones? Parecen contradictorias.

No hay contradicción entre la cita de la Sagrada Escritura y la afirmación de San Antonio, porque los textos se encuentran en contextos diferentes.

Cuando el Apóstol afirma que todo fue creado por Cristo y para Cristo (cf. Col 1, 16), presenta al Verbo encarnado como modelo de la creación y su meta última, la respuesta de amor del Padre a la glorificación que el Hijo le rinde: «El Padre ama al Hijo y todo lo ha puesto en su mano» (Jn 3, 35). Y una vez que la segunda persona de la Santísima Trinidad tomó nuestra carne, la propia humanidad, en su conjunto, fue elevada a un plano superior. San Antonio, por su parte, al parecer desea destacar esa misma bondad

de Dios para con el hombre, la cual lleva al salmista a preguntarse: «¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él, el ser humano, para mirar por él?» (Sal 8, 5).

En efecto, el Creador confió al hombre toda la tierra, encomendándole la misión de cultivarla (cf. Gén 1, 28-30), como colaborador suyo. Sin embargo, por el misterio de la Redención, fue asociado a la obra divina de manera admirable, como afirma San Pablo: «Completo en mi carne lo que falta a los padecimientos de Cristo, en favor de su cuerpo que es la Iglesia» (Col 1, 24). Así, el cristiano redimido se une por participación a la misión salvífica del Hijo de Dios.

En el catecismo de San Pío X se afirma: «Para que la confesión de pecados veniales sea más segura, es muy prudente acusarse además, con verdadero dolor, de algún pecado más grave de la vida pasada, aunque otras veces se haya confesado». Sin embargo, he leído que el P. Pío reprendía a sus penitentes cuando hacían eso.

El piadoso consejo del catecismo es una sugerencia pastoral, que no se aplica a todos los casos. El confesor puede discernir circunstancias concretas en las que no conviene recordar pecados ya absueltos. Por ejemplo, cuando existe cierta neurosis de culpa o escrúpulo desequilibrado. El escrúpulo, comentaba San Ignacio de Loyola (cf. *Ejercicios Espirituales*, n.º 348), puede ser útil para principiantes, pero sin duda es perjudicial para los más avanzados en la vida espiritual.

Por otro lado, hay determinados casos en los que conviene repetir confesiones anteriores para mayor humillación de la propia alma, para purgar aún más los vestigios del pecado —*reliquiae peccati*—, porque en el alma permanecen

ciertas inclinaciones generadas por el pecado, incluso después de la confesión; o también cuando uno se da cuenta de que no ha confesado con total sinceridad, por ejemplo, ocultando alguna circunstancia agravante.

El escrúpulo excesivo no es bueno, y era contra esto que advertía San Pío de Pietrelcina; sin embargo, tampoco se puede caer en la falta de escrúpulos o en el laxismo, que causan graves daños al alma y pueden conducir a la tibieza moral e incluso a la impenitencia final.

Cabe recordar también que la virtud moral se halla entre dos extremos. Por ejemplo, entre la gula y el hastío se encuentra el equilibrio de quien se alimenta con templanza. ✠

SACERDOTES EN EL TIEMPO Y EN LA ETERNIDAD



Durante siglos, los levitas inmolaron numerosas víctimas en el Templo. Sin embargo, en el altar de la cruz, el Redentor unió en sí mismo al Sacerdote y a la Víctima en una única y eterna oblación (cf. Heb 7, 27). Al prometer su presencia terrena hasta la consumación de los tiempos (cf. Mt 28, 20), Cristo perpetuó el sacrificio del Calvario en el rito eucarístico y extendió su acción salvífica en la tierra a través del sacerdocio ministerial.

Desde la Antigua Alianza, los sacerdotes permanecían en la presencia del Altísimo (cf. Dt 18, 5); en el régimen de la gracia, además, es el propio Señor quien se hace presente en ellos. Como «administradores de los misterios de Dios» (1 Cor 4, 1), son esencialmente mediadores entre la Trinidad y los hombres; viven en el límite entre el tiempo y la eternidad, entre la tierra y el Cielo.

La divina Sabiduría no confió el sacerdocio a los ángeles, sino a hombres como Jesús, el Verbo encarnado. El presbítero fue ordenado para *ser* Cristo, *alter Christus*. Por eso, su santificación no es una opción, es un deber.

La tentación primordial del ministro ordenado consiste en ponerse en el lugar del Señor: «Soy un dios» (Ez 28, 2). Se trata de una soberbia luciferina, un verdadero sacrilegio, que profana el carácter de Cristo impreso en el alma. Así pues, solamente la santidad es compatible con esa excelsa vocación (cf. San Pío X, *Hærent animo*, n. 8). ¡Ay de aquel que la corrompe!

Para San José Cafasso, el clérigo ha de ser irreprochable (cf. 1 Tim 3, 2): «Ser ejemplo tiene tanto valor como ser eclesiástico, y quien no lo sea, podría decirse, en cierto modo, que ya ni siquiera sigue siendo sacerdote» (*Instrucciones para los Ejercicios Espirituales*, X). Mientras que las profesiones comunes admiten una disociación entre el oficio y la conducta, el ministerio presbiteral exige una identidad plena entre el *ser sacerdote* y el *ser ejemplo* (cf. *idem*).

Esto no implica la pérdida del *munus* sacramental por el pecado —el carácter es indeleble—, sino que pone de manifiesto, especialmente para los sacerdotes, que «la vida es Cristo» (Flp 1, 21). Incluso sus costumbres tienen que ser *sacerdotales*, empezando por el ofrecimiento de sus propios «cuerpos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios» (Rom 12, 1). Lejos de la herejía de las obras y del pelagianismo, sus vidas, arraigadas en la oración y sostenidas por la gracia, extenderán la paternidad espiritual del Padre en el tiempo, como verdaderos *padres*.

En particular, durante la santa misa, memorial vivo del sacrificio de la cruz, el celebrante se configura con el Sacerdote-Víctima, como *alter Christus crucifixus* —otro Cristo crucificado. Misticamente, todo sacerdote es un estigmatizado, y no sólo durante la eucaristía. Como el Redentor, su vida es una total oblación: ya sea en el silencio, a la manera de la lámpara del Santísimo Sacramento que se consume para alabar; ya sea en la predicación, al irradiar el Verbo divino en el siglo como la *os Christi* —«boca de Cristo» (Santo Tomás de Aquino. *In Ioannem*, c. XII, lect. 4, n.º 1633).

Al cruzar el umbral de la eternidad, el sacerdote observante oírà: «Bien, siervo bueno y fiel; como has sido fiel en lo poco, te daré un cargo importante; entra en el gozo de tu señor» (Mt 25, 21). Plenamente unido a la Trinidad en el Cielo, el sacerdote bienaventurado seguirá participando de la interminable autodonación de Cristo Sacerdote al Padre por medio del Espíritu Santo, para beneficio de la humanidad. La vocación presbiteral, por tanto, no cesa en este valle de lágrimas: alcanza su culminación en la configuración definitiva con el Sumo Sacerdote en la Patria, es decir, en el «lugar del Padre» —y del padre. ✠



*Ordenación
presbiteral en la
basílica de Nuestra
Señora del Rosario,
Caieiras (Brasil),
el 12/4/2026*

Foto: Sergio Céspedes



El mayor tesoro de la Santa Iglesia

La Iglesia ha recibido la Eucaristía de Cristo, su Señor, no sólo como un don entre otros muchos, aunque sea muy valioso, sino como el don por excelencia, porque es don de sí mismo y, además, de su obra de salvación.

EL GUSTO HIRIÓ, EL GUSTO CURÓ

Superando toda plenitud de generosidad, excediendo cualquier medida de amor, [Cristo] se ofreció a sí mismo como alimento. ¡Oh singular y maravillosa generosidad, en que el dador se hace don, y lo que es dado es totalmente idéntico al dador!

Él, pues, se dio a nosotros a sí mismo como alimento, a fin de que habiendo el hombre caído en ruina a causa de la muerte, también a causa del alimento fuese elevado a la vida. El gusto hirió, el gusto curó. He ahí porque allí donde nació la herida, de allí salió fuera la vida. Ya que de aquel gustar se dijo: «El día que lo comerás, de muerte morirás» (Gén 2, 17); de éste, en cambio, se lee: «Si alguien comerá de este pan, vivirá eternamente» (Jn 6, 52).

URBANO IV.
Transiturus de hoc mundo,
11/8/1264: DH 847.

INDIGENCIA SACIADA POR LA EUCARISTÍA

Cuando nos alimentamos de Jesús, pan vivo y verdadero, vivimos para Él. Ofreciéndose sin reservas, el Crucificado resucitado se entrega a nosotros, y de este modo descubrimos que hemos sido hechos para nutrirnos de Dios. Nuestra naturaleza hambrienta lleva la marca de una indigencia que es saciada por

la gracia de la Eucaristía. Como escribe San Agustín, Cristo es, de verdad, «*panis qui reficit, et non deficit; panis qui sumi potest, consumi non potest*» (*Sermo* 130, n.º 2), es decir, un pan que nutre y nunca falta; un pan que se puede comer pero que nunca se agota. La Eucaristía, en efecto, es la presencia verdadera, real y sustancial del Salvador, que transforma el pan en sí mismo, para transformarnos en Él.

LEÓN XIV.
Homilia, 22/6/2025.

JESUCRISTO PRESENTE EN SU PROPIA SUSTANCIA

Éste es el memorial salvífico, en el cual consideramos de nuevo la grata memoria de nuestra redención, en el cual somos alejados del mal y confortados en el bien y progresamos en el desarrollo de las virtudes y de las gracias, en el cual en verdad progresamos por la fuerza de la presencia corporal del mismo Salvador.

Por lo demás de que hacemos memoria, lo abrazamos con la mente y el espíritu; pero no por eso obtenemos su presencia real. En esta conmemoración sacramental, Jesucristo está presente entre nosotros, bajo forma distinta, ciertamente, pero en su propia sustancia.

URBANO IV.
Transiturus de hoc mundo,
11/8/1264: DH 846.

PRESENCIA REAL POR ANTONOMASIA

Tal presencia se llama «real», no por exclusión, como si las otras no fueran «reales», sino por antonomasia, porque es también corporal y sustancial, pues por ella ciertamente se hace presente Cristo, Dios y hombre, entero e íntegro. Falsamente explicaría esta manera de presencia quien se imaginara una naturaleza, como dicen, «pneumática» y omnipresente, o la redujera a los límites de un simbolismo, como si este augustísimo sacramento no consistiera sino tan sólo en un signo.

SAN PABLO VI.
Mysterium fidei, 3/9/1965.

EL DON POR EXCELENCIA

La Iglesia ha recibido la Eucaristía de Cristo, su Señor, no sólo como un don entre otros muchos, aunque sea muy valioso, sino como el don por excelencia, porque es don de sí mismo, de su persona en su santa humanidad y, además, de su obra de salvación. Ésta no queda relegada al pasado, pues «todo lo que Cristo es y todo lo que hizo y padeció por los hombres participa de la eternidad divina y domina así todos los tiempos y en ellos se mantiene permanentemente presente» (CCE 1085).

SAN JUAN PABLO II.
Ecclesia de Eucharistia, 17/4/2003.

TESORO ESCONDIDO

La Iglesia posee en su seno un secreto, un tesoro escondido, un misterio. Como un corazón interior. Posee a Jesucristo mismo, su fundador, su maestro, su redentor. [...] Mas ¿dónde está, si no se ve? He aquí el secreto, he aquí el misterio: la presencia de Cristo es verdadera y real, pero sacramental. Es decir, escondida, pero a la vez identificable. Se trata de una presencia revestida de signos especiales, que no nos permiten ver su forma divina y humana, sino que sólo nos aseguran que Él, Jesús del Evangelio y ahora Jesús vivo en la gloria del Cielo, está aquí, está en la Eucaristía.

SAN PABLO VI.
Homilía, 28/5/1970.

SACRAMENTO QUE NO ADMITE AMBIGÜIDADES

El Sacramento eucarístico es un «*mysterium fidei*» por excelencia. Pero, precisamente a través del misterio de su ocultamiento total, Cristo se convierte en misterio de luz, gracias al cual se introduce al creyente en las profundidades de la vida divina. [...]

Es importante que no se olvide ningún aspecto de este Sacramento. En efecto, el hombre está siempre tentado a reducir a su propia medida la Eucaristía, mientras que en realidad es él quien debe abrirse a las dimensiones del misterio. «La Eucaristía es un don demasiado grande para admitir ambigüedades y reducciones» (*Ecclesia de Eucharistia*, n.º 10).

SAN JUAN PABLO II.
Mane nobiscum Domine, 7/10/2004.

SIGNO DE CONTRADICCIÓN

Precisamente porque se trata de una realidad misteriosa que rebasa nuestra comprensión, no nos ha de sorprender



João Paulo Rodrigues

«Fiaros de la palabra de mi Hijo. Él, que fue capaz de transformar el agua en vino, es igualmente capaz de hacer del pan y del vino su cuerpo y su sangre»

Adoración al Santísimo Sacramento -
Casa Lumen Prophetæ, Franco da Rocha (Brasil)

que también hoy a muchos les cueste aceptar la presencia real de Cristo en la Eucaristía. No puede ser de otra manera. Así ha sucedido desde el día en que, en la sinagoga de Cafarnaúm, Jesús declaró abiertamente que había venido para darnos en alimento su carne y su sangre. Ese lenguaje pareció «duro» y muchos se volvieron atrás. Ahora, como entonces, la Eucaristía sigue siendo «signo de contradicción» y no puede menos de serlo, porque un Dios que se hace carne y se sacrifica por la vida del mundo pone en crisis la sabiduría de los hombres.

BENEDICTO XVI.
Homilía, 7/6/2007.

¿TENEMOS POR ÉL EL MISMO AMOR?

En el deseo de Jesús podemos reconocer el deseo de Dios mismo, su

amor por los hombres, por su creación, un amor que espera. El amor que aguarda el momento de la unión, el amor que quiere atraer hacia sí a todos los hombres. [...] Jesús nos desea, nos espera. Y nosotros, ¿tenemos verdaderamente deseo de Él? ¿No sentimos en nuestro interior el impulso de ir a su encuentro? ¿Anhelamos su cercanía, ese ser uno con Él, que se nos regala en la Eucaristía?

BENEDICTO XVI.
Homilía, 21/4/2011.

MARÍA, MUJER EUCARÍSTICA

Puesto que la Eucaristía es misterio de fe, que supera de tal manera nuestro entendimiento que nos obliga al más puro abandono a la palabra de Dios, nadie como María puede ser apoyo y guía en una actitud como esta. [...] Con la solicitud materna que muestra en las bodas de Caná, María parece decirnos: «No dudéis, fiaros de la palabra de mi Hijo. Él, que fue capaz de transformar el agua en vino, es igualmente capaz de hacer del pan y del vino su cuerpo y su sangre».

[...] Hay, pues, una analogía profunda entre el fiat pronunciado por María a las palabras del ángel y el amén que cada fiel pronuncia cuando recibe el cuerpo del Señor. A María se le pidió creer que quien concibió «por obra del Espíritu Santo» era el «Hijo de Dios». En continuidad con la fe de la Virgen, en el misterio eucarístico se nos pide creer que el mismo Jesús, Hijo de Dios e Hijo de María, se hace presente con todo su ser humano-divino en las especies del pan y del vino.

SAN JUAN PABLO II.
Ecclesia de Eucharistia, 17/4/2003.



7 de junio – X Domingo del Tiempo Ordinario

Leví: convertido en el momento oportuno



✠ P. Erick María Bernardes Marchel, EP

A ejemplo de San Mateo, debemos estar atentos a las señales de la gracia en los demás, seguros de que ese caudal de maravillas puede bajar sobre nosotros

Los evangelios sinópticos describen con objetividad la conversión de Mateo. San Lucas y San Marcos, por deferencia, se refieren a Leví, mientras que el propio Mateo escribe sobre sí mismo: «Jesús vio a un hombre llamado Mateo sentado al mostrador de los impuestos» (9, 9). ¿Por qué «un hombre»? Porque, al ser verdaderamente hombre, era verdaderamente pecador, comenta Santo Tomás de Aquino.¹ Ahora bien, este recurso literario fue utilizado por el evangelista para manifestar que nadie debe desesperar de la salvación.²

Además, el evangelio de Mateo deja entrever, por la contigüidad de los episodios, que su autor se levantó y siguió a Cristo porque antes había sido preparado por la gracia al presenciar la curación del paralítico (cf. Mt 9, 1-8), cuya narración precede al texto de la liturgia de hoy. La gracia es misteriosa por naturaleza, y el Espíritu sopla cuando y donde quiere... El divino Escultor espera el momento preciso para moldear las almas.

Con ocasión de aquel milagro, Jesús cruzó el mar en barca y «fue a su ciudad» (Mt 9, 1), es decir, Cafarnaúm, donde residía desde que había salido de Nazaret (cf. Mt 4, 13). Ahora bien, en esos lugares junto a la orilla había puestos aduaneros y es posible que Leví estuviera allí cuando le llevaron un paralítico al Señor para que lo curara.

El evangelista menciona que, en atención a la fe de los circunstantes, el Redentor perdonó los pecados del paralítico y le concedió la curación:

«Ponte en pie, coge tu camilla y vete a tu casa» (Mt 9, 6).

La multitud «quedó sobrecogida y alababa a Dios» (Mt 9, 8). ¡Cuánta admiración debió haber suscitado en el alma de Mateo ese episodio, hasta entonces oprimida por el rechazo de la sociedad judía para con su oficio! De hecho, ¡qué maravilla observar la munificencia de Jesús al perdonar al paralítico, incluso antes de que este le suplicara el perdón!

Libre de toda envidia por la gracia fraterna e embriagado por el anhelo de acercarse al Señor para ser también perdonado, aquel recaudador de impuestos sin duda se sorprendió al advertir que el Maestro caminaba hacia él. Cuando oyó salir de los divinos labios el mandato: «Sígueme», fue llevado por una gracia eficaz a *dejarlo todo* de inmediato, como añade San Lucas (cf. Lc 5, 28).

Al observar los beneficios divinos en relación con los demás, el alma humana se vuelve más capaz de abrirse a otras dádivas que vienen de lo alto. Es habitual, en el orden de la gracia, que haya conversiones previas imperfectas que preparen el corazón para una perfecta conversión.³ Así ocurrió con el publicano Leví, llamado después de otros apóstoles y tras varias señales; era necesario esperar el momento propicio para que obedeciera sin reservas la voz de Cristo.

Siguiendo el ejemplo de San Mateo, debemos estar atentos a las manifestaciones de la gracia en el alma del prójimo, seguros de que ese mismo torrente de maravillas puede descender sobre nosotros para suscitar una nueva conversión. Que también nosotros lo dejemos todo y sigamos al divino Maestro cuando Él nos llame. ✠



San Mateo, de Simone Martini

¹ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *In Matthaeum*, c. IX, lect. 2, n.º 756.

² Cf. SAN JERÓNIMO. *Commentariorum in Matheum*. L. I, c. 9: CCL 77, 55.

³ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. I-II, q. 114, a. 10.

Un pueblo sacerdotal



✠ P. Alex Barbosa de Brito, EP

Para que exista un Estado soberano, se necesita un pueblo, un territorio definido, un gobierno organizado y leyes que regulen el bien común. Sin embargo, puede existir un pueblo unido por lazos culturales o espirituales, incluso sin disponer de un territorio propio, como es el caso de los cristianos: «Habitan en su propia patria, pero como forasteros; toman parte en todo como ciudadanos, pero lo soportan todo como extranjeros; toda tierra extraña es patria para ellos, pero están en toda patria como en tierra extraña».¹

En la liturgia de este domingo, el Señor le promete a Moisés que su pueblo será «un reino de sacerdotes y una nación santa» (Éx 19, 6). Ahora bien, esta alianza se extiende también a nosotros, reconciliados por el insondable amor de Cristo, que «siendo nosotros todavía pecadores, Cristo murió por nosotros» (Rom 5, 8).

Atrajo a un pueblo numeroso (cf. Sal 99, 3), como un pastor a sus ovejas (cf. Mt 9, 36). Y quiso multiplicar a sus ministros, porque «los trabajadores son pocos» (Mt 9, 37). ¡Sí! Su número es reducido si se compara con el tamaño de la mies; aún más pequeño si se considera la santidad...

Los sacerdotes, en particular los *santos* sacerdotes, son los más especialmente llamados a trabajar en la mies, pero los laicos también participan del sacerdocio de Cristo; son pueblo sacerdotal. Estos se encuentran «en la línea más avanzada de la vida de la Iglesia; por ellos la Iglesia es el principio vital de la sociedad».²

De hecho, en virtud del bautismo, los laicos «están maravillosamente llamados y preparados para producir siempre los frutos más abundantes del Espíritu», en cualquier circunstancia, siempre que

todo se «realice en el Espíritu de Dios».³ De esta manera, «los cristianos son en el mundo lo que el alma es en el cuerpo. El alma, en efecto, se halla esparcida por todos los miembros del cuerpo; así también los cristianos se encuentran dispersos por todas las ciudades del mundo. El alma habita en el cuerpo, pero no procede del cuerpo; los cristianos viven en el mundo, pero no son del mundo».⁴

Así era la Virgen María, que nunca se cansó ni hizo que se cansaran aquellos a quienes cuidaba como Pastora. Al saber que Isabel la necesitaba, subió apresuradamente a la montaña para servirle (cf. Lc 1, 39). Fue luego a Belén, a punto de dar a luz (cf. Lc 2, 4-5).

Al nacer el Niño, huyó con Él a Egipto (cf. Mt 2, 14), regresó a Nazaret (cf. Mt 2, 21) y, más tarde, lo buscó en el Templo cuando pensó que lo había perdido (cf. Lc 2, 45-46).

Ante la falta de vino, se adelantó en favor de los novios y, al saber que aún no había llegado la hora, les dijo a todos que obedecieran a Jesús (cf. Jn 2, 1-11). Cuando los pastores de su divino Hijo lo abandonaron, Ella permaneció de pie junto a la cruz (cf. Jn 19,

25-27) y los perdonó como Madre. Finalmente, se reunió con ellos en el cenáculo, enseñándoles a rezar, a la espera del Espíritu Santo (cf. Hch 1, 14).

Las ovejas se entristecen por la falta de buenos pastores, modelos del sacerdocio del que ellas mismas participan. María fue un ejemplo sublime de seguimiento de Cristo y un modelo de virtud para todo el pueblo sacerdotal. Quien la imite en su generosidad jamás se apartará de la grey del Señor. ✠



El Buen Pastor - Catedral de Cristo, Dublin

Si las ovejas se desaniman, el Señor no deja de favorecerlas, sobre todo enviando buenos pastores; a ellas corresponde participar en el sacerdocio de Cristo mediante la generosidad de seguirlo

¹ CARTA A DIOGNETO, c. v, n.º 5.

² CCE 899.

³ CCE 901.

⁴ CARTA A DIOGNETO, c. vi, n.º 1-3.

Líbrame, Señor, de mis «amigos»



✠ P. Felipe Paschoal, EP

Las relaciones que llamamos «amistad» se establecen casi de forma natural y no podemos vivir sin ellas. Pero... ¿son todas sinceras?

Amigo: ¡qué palabra tan prodigada! La usamos para referirnos a familiares o vecinos, colegas de trabajo, compañeros de estudios o simples conocidos... En las redes sociales, los «amigos» se multiplican, llegando a veces a contarse por miles. Sin embargo, como dice el refrán: «amigo de todos, amigo de nadie»...

Es un hecho que las amistades surgen de forma natural y es imposible vivir sin ellas: son para cada cual como «la mitad de su alma». ¹ Entre los bienes terrenales, no hay nada que las supere. ² Pero... ¿son todas sinceras? La liturgia de hoy ofrece algunos elementos para responder a esta pregunta.

En la primera lectura, el profeta Jeremías declara que se encuentra en medio de una feroz persecución: «Oía la acusación de la gente: “Pavor-en-torno”, “delatadlo”, “vamos a delatarlo”». La continuación del versículo revela, con terrible sencillez, la identidad de estos perseguidores:

«Mis amigos acechaban mi traspíe» (Jer 20, 10). Sí, los amigos... ¡y todos ellos!

Ahora bien, Santo Tomás de Aquino ³ explica que la verdadera amistad requiere una benevolencia desinteresada, por la cual deseamos el bien *para el otro*, y no un bien existente *en el otro*, lo que caracteriza al amor de concupiscencia.

Por lo tanto, los falsos amigos buscan sacar alguna ventaja de nosotros. Son «interesados», quieren disfrutar de nuestros bienes, buena voluntad, energía, relaciones... Se trata, en resumen, de enemigos disfrazados.

Sin embargo, peores y más insidiosos son aquellos que, como los de la época de Jeremías, ambicionan nuestro tesoro máspreciado: la vida (cf. Jer 20, 13), no sólo la del cuerpo, sino también la del alma. «Temed al que puede llevar a la pérdida alma y cuerpo en la gehenna» (Mt 10, 28), advierte el Salvador.

Los falsos amigos se presentan con la máscara de la amabilidad; no obstante, en realidad, pretenden disuadir al justo de sus santas convicciones. Cuando no consiguen alcanzar ese objetivo, pasan a perseguirlo. Nos duele admitirlo, pero esa saña puede darse entre los propios familiares e incluso entre hermanos en la misma fe, es decir, los «hijos de mi madre», la Santa Iglesia, como lamenta el salmo (cf. Sal 68, 9).

El verdadero amigo, por su parte, se pone a nuestro lado, como declaró Jeremías (cf. Jer 20, 11), no sólo en los momentos felices, sino *en todo momento*. Podemos contar con él siempre. De hecho, si una amistad termina algún día, es porque ni siquiera empezó. En este sentido, debemos confiar en la amistad de Dios, que jamás nos abandona y cuya salvación nunca falla (cf. Sal 68, 14).

La amistad implica además reciprocidad. Sin embargo, en la relación de los hombres con Dios, existe una disparidad infinita: «A quien se declare por mí ante los hombres, yo también me declararé por él ante mi Padre que está en los Cielos» (Mt 10, 32). Por eso, la amistad con el Señor sólo puede establecerse por un don suyo: la gracia.

Al habernos amado hasta el punto de morir por nosotros, el Redentor es nuestro amigo por excelencia: «Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos» (Jn 15, 13). Sigamos su ejemplo. Donde no hay verdadero sacrificio, no hay verdadera amistad. ✠

¹ SAN AGUSTÍN. *Confesiones*. L. IV, c. 6.

² Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *De regno*. L. I, c. 11.

³ Cf. *idem*. *Suma Teológica*. II-II, q. 23, a. 1.



Job y sus «amigos» - Museo Ala Ponzzone, Cremona (Italia)

Si hemos muerto con Cristo, viviremos con Él

✠ P. Francisco Javier de Oyarzábal Gutiérrez-Barquín, EP



Inmortalidad: tal es el sueño del ser humano desde la caída original... En efecto, por el pecado entró la muerte en el mundo (cf. Rom 5, 12). Pero ¿cómo restaurar la vida? Paradójicamente, con la muerte, como advierte el Señor en el Evangelio de este domingo: «El que encuentre su vida la perderá, y el que pierda su vida por mí, la encontrará» (Mt 10, 39). San Pablo es igualmente tajante: «Si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con Él» (Rom 6, 8). He aquí el divino misterio: sólo se gana la vida cuando se pierde.

Santo Tomás de Aquino, siguiendo la Tradición, comenta que dicha muerte consiste en la participación en la muerte de Cristo mediante el bautismo.¹ Cuando se realiza este sacramento por inmersión, el catecúmeno es sumergido tres veces, para representar el triduo de la muerte del Redentor. Por esta razón, la Iglesia católica suele bautizar a los catecúmenos durante la Vigilia pascual, al término de los días de la sepultura de Jesús. El bautizado «muere» para vivir. Así como los sacramentos de la nueva ley realizan lo que significan, el bautismo produce realmente la muerte del pecado.

Pero la muerte al pecado también significa una nueva vida en Cristo por medio de la caridad. A través de la gracia, se produce una restauración del paraíso, pues el justo es verdaderamente una «criatura nueva» (2 Cor 5, 17). Cuando amamos, entonces vivimos de verdad, porque la vida de nuestra alma es el amor.²

En el Evangelio, el Señor nos advierte: «El que quiere a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí» (Mt 10, 37). Y añade enseguida: «El que no carga con su cruz y me sigue, no es digno de mí» (Mt 10, 38). Con estas palabras, deja claro

que, bajo el régimen de la gracia, es necesario cumplir el primer mandamiento de una manera aún más perfecta; se trata de un amor incondicional a Dios sobre todas las cosas, incluso por encima de nuestra propia vida y de quienes viven en nuestra casa.

Así, el Aquinate explica que nuestro amor por Dios implica también un odio implacable al pecado, porque se opone a Él. Por esta razón, los pecadores, «por su naturaleza, deben ser amados con caridad. Su culpa, en cambio, es contraria a Dios y constituye también un obstáculo para la bienaventuranza. Por eso, por la culpa que les sitúa en oposición a Dios, han de ser odiados todos, incluso el padre, la madre y los parientes, como se lee en el Evangelio de Lucas. Debemos, pues, odiar en los pecadores el serlo y amarlos como capaces de la bienaventuranza. Esto es verdaderamente amarlos en caridad por Dios».³

Por lo tanto, cuando nuestro amor se purifica del pecado, llevándonos a odiar el mal sin reservas, nuestra alma se abre al verdadero amor que, bajo la guía del Espíritu Santo, nos permite amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos, haciendo así que muera el hombre viejo y nazca el hombre nuevo (cf. Rom 6, 6).

Este amor no conoce la muerte: persevera hasta la bienaventuranza en el Paraíso celestial. Por él recuperamos nuestra inmortalidad, porque, como escribe el Apóstol, «la caridad no pasa jamás» (1 Cor 13, 8). ✠



Alegoría de la caridad, de Giotto di Bondone - Capilla de los Scrovegni, Padua (Italia)

La muerte al pecado significa una nueva vida en Cristo por la caridad. Cuando amamos, entonces vivimos

Este amor no conoce la muerte: persevera hasta la bienaventuranza en el Paraíso celestial. Por él recuperamos nuestra inmortalidad, porque, como escribe el Apóstol, «la caridad no pasa jamás» (1 Cor 13, 8). ✠

¹ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Super Epistolam ad Romanos*, c. VI, lect. 1, n.º 474.

² Cf. SAN FRANCISCO DE SALES. *Tratado del amor de Dios*. L. VII, c. 7.

³ SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. II-II, q. 25, a. 6.



Signo de insuperable amor

La Eucaristía es, ante todo, una demostración del amor de Dios para con nosotros. Ha querido darse a nosotros plenamente para que podamos obtener más de lo que nuestros primeros padres poseían en el paraíso, con vistas a la bienaventuranza eterna.

✠ Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

La naturaleza angélica, salida de las manos de Dios, se caracteriza por ser puramente espiritual, dotada de inteligencia y voluntad. Cuando, por intelección, los ángeles comprenden un mismo principio y aman ese ideal, se unen entre sí.

Las ideas también son un factor de unión entre los hombres, pero, ya en el paraíso terrenal, Dios quiso infundir en la criatura humana el instinto de alimentarse, con el fin de propiciar la unión en torno a la mesa. Si las Escrituras afirman que el vino alegra el corazón del hombre (cf. Sal 103, 15), una buena comida complace al ser humano

en su totalidad. La alimentación es indispensable para la salud; sin embargo, el beneficio corporal no constituye, como piensan los materialistas, su finalidad principal, sino más bien la convivencia social. Compartir una misma comida favorece la conversación y el buen entendimiento, y además es un excelente instrumento para la diplomacia.

Talleyrand, gran diplomático francés, conocía esta regla: cuando tenía que defender los intereses de Francia ante Alemania o Austria, le pedía al rey que le enviara grandes cantidades de vinos, *champagne* y quesos —sobre todo los famosos *brie* y *camembert*—, pues

decía que durante una recepción y una conversación los asuntos se resolvían más fácilmente y siempre con éxito.

Para celebrar acontecimientos importantes, como cumpleaños, graduaciones universitarias o la inauguración de nuevas construcciones, se suelen organizar fiestas, amenizadas con piezas teatrales, presentaciones musicales y espectáculos de fuegos artificiales. Tales eventos crean un ambiente de júbilo, pero esta alegría cobra mayor sentido en torno a la mesa, ya que comer reunidos encierra un imponderable de *participación*.

Por eso, cuando personas que piensan de la misma manera se sientan a cenar juntas, se completa la unión de sus ideales y todas se fortalecen en el entrelazamiento mutuo.

Alimento de verdadera Sabiduría, signo de insuperable amor

En efecto, la comida fue creada por Dios a fin de que el hombre se sirva de ella para conocer y amar más a su Creador.

¿Por qué puso entonces en el centro del paraíso terrenal el árbol del conocimiento del bien y del mal, cuyo fruto Adán y Eva no podían probar? Porque quería darles la posibilidad de que, absteniéndose de algo por el esfuerzo de la obediencia y la sumisión, se ordenaran aún más.

No obstante, todavía queda una cuestión de fondo que nos lleva a comprender mejor por qué Dios sometió la



Reproducción

El beneficio corporal no es la principal finalidad, sino la convivencia, pues comer reunidos tiene un imponderable de participación

«Felipe II de España en banquete con su familia y cortesanos», de Alonso Sánchez Coello - Museo Nacional de Varsovia

naturaleza humana a la necesidad de alimentarse todos los días para subsistir.

Adán debía anhelar el conocimiento del bien y del mal, confiando en que el Creador se lo ofrecería en un manjar especial. Dios obra siempre así: exige una pequeña renuncia para luego conceder una recompensa infinitamente mayor. En un momento dado, se encarnaría y se dejaría a sí mismo como alimento de verdadera Sabiduría. En efecto, aunque el hombre no hubiera pecado, la Eucaristía habría sido instituida, pues ese era el plan divino desde la eternidad.

Ahora bien, el pecado original consistió en un mal uso del apetito; y el hombre decadente, en su desvarío, hizo de la comida un deleite para sí mismo, refinándola con el deseo de disfrutarla con un placer enteramente egoísta.

En el paraíso, Dios había ordenado: «Del árbol del conocimiento del bien y el mal no comerás, porque el día en que comas de él, tendrás que morir» (Gén 2, 17). Pero, una vez cometido el pecado, el Señor viene a la tierra y nos dice, a nosotros que nacemos con la culpa original, una palabra creadora y divina: «En verdad, en verdad os digo: si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna» (Jn 6, 53-54).

Desde el punto de vista simbólico, la Eucaristía es una reparación del pecado original, pero sobre todo es un signo de insuperable amor de Dios para con el hombre. Ha querido darse a nosotros plenamente para que podamos obtener más de lo que nuestros primeros padres poseían en el paraíso, con vistas a la bienaventuranza eterna.

En latín, «banquete» recibe el nombre de *convivium*, y en la Eucaristía es donde encontramos la culminación de la convivencia con Dios. Los beneficios de este Sacramento nunca podrán ser comprendidos, clasificados ni explicados por completo en esta tierra, pues son indescriptibles e inescrutables incluso para la imaginación del

más perfecto de los ángeles. Y es precisamente a ese gran banquete al que estamos invitados.

Un dogma de fe demostrado por milagros

La presencia real de Cristo en el pan y en el vino consagrados es un dogma de fe revelado por el Señor, que nos dio su palabra en el Evangelio: «Mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida» (Jn 6, 55).

Más tarde, cuando fue cuestionada por los protestantes en el siglo XVI, la Iglesia definió claramente que en la Eucaristía están presentes Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad de Nuestro Señor Jesucristo.¹

Por otra parte, a lo largo de la historia se han producido numerosos milagros que demuestran la grandeza de este extraordinario Sacramento. Entre ellos destaca el de Bolsena, que llevó al papa Urbano IV a instituir la solemnidad de Corpus Christi. Ya antes, las revelaciones de Santa Juliana de Mont-Cornillon habían suscitado el debate al respecto, y los teólogos discutían si se debía o no celebrar dicha fiesta.

El Papa se encontraba en Orvieto cuando le llegó la noticia del prodigio ocurrido en una localidad vecina: un sacerdote, atormentado por tentaciones contra la fe en relación a la Eucaristía, celebraba la misa cuando la hostia se transformó en un trozo de carne en sus manos y comenzó a derramar sangre, empapando varios corporales.

Otro episodio tuvo lugar con San Luis IX, rey de Francia. Estaba sentado a una mesa, escribiendo, cuando un paje se acercó jadeante:

—¡Majestad! ¡Majestad! ¡Venid de prisa, que aún estáis a tiempo!...

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Ahora mismo, durante la misa, en el momento en que el sacerdote elevó la hostia, el Niño Jesús apareció en sus manos, ¡y todavía está allí!...

San Luis dejó la pluma a un lado, se levantó e hizo una genuflexión con



Reproducción

Adán debía anhelar el conocimiento del bien y del mal, confiando en que el Creador se lo ofrecería en un manjar especial

Detalle de «El pecado original», de Michiel Coxie - Museo de Historia del Arte, Viena

profundo recogimiento. Luego volvió a sentarse y dijo:

—Dios obra este milagro no para los creyentes, sino para los que dudan. Mi fe no exige que lo vea, y no quiero perder el mérito; creo plena y firmemente, ¡y ya lo he adorado desde aquí!²

Otros hechos milagrosos ocurridos con los santos también confirman la veracidad de la presencia del Redentor bajo los velos eucarísticos. Santa Catalina de Siena, por ejemplo, pasaba días alimentándose únicamente de la Eucaristía y en muchas ocasiones, al terminar de ingerir la sagrada forma, su cuerpo permanecía suspendido en el aire.³ Se dice que San Pío X a veces tardaba horas en celebrar la misa, porque en el momento en que pronunciaba las palabras: «Esto es mi cuerpo, que será entregado por vosotros», entraba en éxtasis y levitaba con la hostia en alto, ante el asombro de los asistentes.

¿Cómo está Cristo en la Eucaristía?

Veamos ahora cómo Nuestro Señor Jesucristo está en la Eucaristía. Según Santo Tomás de Aquino,⁴ Él está con su cuerpo *glorioso* tal como está ahora en el



Mucho más que un memorial, la misa es la renovación del sacrificio del Calvario, instituida por el Señor en la última cena cuando dijo: «Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros; haced esto en memoria mía»

«La Última Cena», de Fra Angélico - Museo de San Marcos, Florencia (Italia)

Cielo, de tamaño natural, entero en cada partícula y oculto bajo los accidentes.

Al contemplar esa pequeña hostia, nuestra mente es incapaz de comprender cómo puede encontrarse allí en tamaño real. Sin embargo, hay una imagen que nos acerca a la realidad, aunque sin penetrarla por completo: cuando conversamos con alguien o tenemos ante nuestros ojos un paisaje, no es necesario que nuestro interlocutor mengüe ni que el panorama se reduzca para que quepa en nuestra retina. Todo cabe a tamaño real en la visión humana. Así también Nuestro Señor Jesucristo en la hostia.

Y si ésta se fracciona, Él sigue estando entero en cada una de las partes, al igual que ocurre con un espejo: cuando se rompe, la imagen se refleja íntegramente en todos los fragmentos.

Para entender cómo se halla oculto bajo los accidentes, imaginemos un relicario bien cerrado. Al mirarlo, vemos un simple estuche de reliquias; pero si lo abrimos, descubriremos su precioso contenido. De manera análoga, las especies eucarísticas son como un relicario, dentro del cual se encuentra escondido Nuestro Señor Jesucristo.

En razón de su infinita bondad hacia nosotros y para facilitarnos que lo recibamos, se cubre bajo las apariencias del pan; si se presentara en toda su figura, nuestra primera reacción sería de deslumbramiento —lo que nos haría perder

el mérito de creer sin ver— y la segunda, de temor reverencial, de modo que sentiríamos un enorme recelo de comulgar.

La Eucaristía es verdadero sacrificio

Lutero y los protestantes afirmaban que la Eucaristía era «mera conmemoración», y difundían esta doctrina errónea. Por eso fueron condenados por la Iglesia, la cual declaró que, mucho más que un memorial, la misa es la renovación del sacrificio del Calvario.⁵

Fue el Señor quien instituyó esa ceremonia el Jueves Santo, durante la última cena, cuando dijo: «Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros; haced esto en memoria mía» (Lc 22, 19).

Por lo tanto, el sacrificio específico que Él sufrió al ser flagelado, coronado de espinas y entregar su vida en la cruz se repite sobre el altar. La esencia es exactamente la misma; y la Víctima es una sola.

Las circunstancias accidentales son diferentes, pues en la cruz el sacrificio fue de modo cruento, mientras que en la Eucaristía se produce sin derramamiento de sangre. En la cruz, el cuerpo de Jesús era mortal; en la Eucaristía, Cristo ya no muere. En la cruz, padeció una sola vez; en la Eucaristía, se ofrece innumerables veces. En la cruz, el precio de su sangre obró la Redención; en la Eucaristía, se obtiene la aplicación de ese precio conquistado por Él en la

cruz. Sin embargo, el valor infinito del sacrificio del Calvario es idéntico al del sacrificio realizado sobre el altar.⁶

Unión del alma con Dios

Ahora bien, una vez que lo recibimos, ¿cómo se une Él a nosotros?

Existe entre los hombres una unión moral, que se funda en un vínculo de amor, por el cual, a pesar de la ausencia, quienes se aman permanecen estrechamente unidos. Se da también la unión externa, que se establece por el contacto físico; pero ésta es muy superficial, ya que dos personas pueden estar una al lado de la otra, e incluso rozándose, sin ni siquiera conocerse.

No obstante, ninguna de ellas es la unión que tenemos con el Señor en el momento de la comunión, pues no significa estar junto, ni tampoco pegado, sino que es una unión tan fuerte que podemos llamarla «mutua compenetración», conforme Él dijo en el Evangelio: «Como el Padre que vive me ha enviado, y yo vivo por el Padre, así, del mismo modo, el que me come vivirá por mí» (Jn 6, 57).

Mientras las especies siguen incorruptas en nuestro interior, la gracia santificante no sólo aumenta, sino que el alma se llena de gracia, y la unión con Dios se intensifica, pues Él penetra en nosotros como el agua que empapa una esponja seca. Cuando tomamos un alimento, nuestro organismo digiere y aprovecha

lo que es útil para la salud y el desarrollo físico. Por lo tanto, transformamos esa comida en energía para nuestro cuerpo. Pero, según sostienen varios santos y doctores de la Iglesia, en la Eucaristía ocurre un fenómeno opuesto a ése: dado que la sustancia es infinitamente superior a nosotros —porque es Jesús mismo, Dios y hombre verdadero—, en lugar de transmutarse en nosotros, es Él quien nos asume y nos santifica.

¿A quién no le gustaría acumular todo el oro del mundo en sus manos? En este caso, no se trata de hacernos ricos, pues las riquezas de la tierra no son nada comparadas con el supremo valor de este Sacramento. Se trata, más bien, de acercarse al Sagrado Corazón de Jesús, autor y fuente inagotable de toda gracia, ¡para que seamos millonarios en la eternidad!

Prenda de la vida futura

Si guardamos cuidadosamente una semilla de cereza, ésta puede conservarse durante años y, una vez plantada en la tierra, germinar y convertirse en un frondoso árbol. Pero si tomamos ese mismo hueso y lo cortamos en astillas, aunque después de veinticuatro horas juntemos todos los fragmentos y los plantemos, ya no podrá nacer de ellos un cerezo.

Los que se esfuerzan por ser fieles a la ley de Dios, en el ejercicio de la piedad, procurando huir de las ocasiones próximas de pecado y diciendo «¡no!» a las tentaciones, conservan la gracia en su alma como una semilla. Aquellos que, por el contrario, ceden a la envidia, a la comparación, a la vanidad, a la mentira, y... después acaban cayendo en algún pecado mortal, son como quien tritura el hueso de la ce-

reza: ¡ya no tienen en sí el germen de la gloria eterna!

Pues bien, el mundo de hoy en día valora mucho la salud y se preocupa por el bienestar. Sin embargo, aunque una persona llegue a los 80 o 90 años, la muerte es un destino del que nadie escapa. Algún día todos mori-



Archivo Revista

La Eucaristía es la culminación de la convivencia con Dios, y es una prenda mediante la cual Él nos garantiza el Cielo

Monseñor João durante una celebración eucarística en agosto de 2009, en la basílica de Nuestra Señora del Rosario, Caieiras (Brasil)

remos y nuestra carne será devorada por los gusanos, quedando solamente un esqueleto y una calavera de aspecto espeluznante.

En lo más hondo de nuestra alma, no obstante, hay algo que clama una resurrección. Cuando rezamos la *Salve Regina* nos reconocemos como «los desterrados hijos de Eva» y, de hecho, somos

aquellos que abandonaron su patria y vinieron a este «valle de lágrimas»; pero sabemos que la existencia presente no es la verdadera vida y que nuestro destino no es permanecer por toda la eternidad sepultados en las entrañas de la tierra.

¿Cuál es nuestra patria? Hemos nacido para ir al Cielo ¡y ese es precisamente nuestro anhelo! Pero debemos pasar por un período de prueba donde sintamos nuestra contingencia y la experiencia de nuestra miseria, y cómo sin Dios no valemos nada, no tenemos nada y no somos nada.

Ahora bien, para mantener la virtud y resucitar en la vida futura, es necesario alimentarse de la Eucaristía, según la promesa del Señor: «El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día» (Jn 6, 54). Ella conquista nuestra resurrección y es una prenda mediante la cual Dios nos garantiza el Cielo.

Esto es lo que sucederá el último día: el Señor vendrá y, al son de trompeta, todos los muertos resucitarán. Los que despreciaron la comunión recuperarán sus cuerpos en estado sufriente para arder luego en los tormentos del Infierno sin consumirse; los que recibieron el cuerpo y la sangre de Cristo resucitarán con sus cuerpos en estado de gloria.

Ésa es la alegría que tendremos cuando salgamos de las tinieblas de este mundo y, al emerger a la luz de la eternidad, nos encontremos con las maravillas del Cielo, contemplando a Dios cara a cara, adorándolo como Él mismo se ve, cantando sus glorias y disfrutando de su felicidad. ✠

Fragmentos de exposiciones orales pronunciadas entre 2000 y 2009.

¹ Cf. CONCILIO DE TRENTO. *Decreto sobre el sacramento de la Eucaristía*, c. III: DH 1640.

téchisme populaire. Cadillac: Saint-Remi, 2018, p. 28.

³ Cf. UNDSET, Sigrid. *Catalina de Siena*. Madrid: Encuentro, 2009, p. 101.

⁴ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. III, q. 75, a. 4; q. 76, a. 1-4; q. 77, a. 1.

⁵ Cf. CONCILIO DE TRENTO. *Doctrina y cánones sobre el sa-*

crificio de la misa, can. 3: DH 1753.

⁶ Cf. CCE 1367.



Así como el Padre y el Hijo son uno por el Espíritu Santo, también el Señor nos induce a la unidad mediante el vínculo de la caridad y a través del más sublime de los sacramentos.



✦ **Lavínia Colombo Paes da Silva**

El Sacramento del Altar ha sido siempre el objeto central de adoración, honra y explicitud doctrinal de la Santa Iglesia. Y no podría ser de otra manera, pues ella «vive de la Eucaristía»,¹ en cuyas especies de pan y vino está contenida la propia presencia real de Cristo,² vivificada por el Espíritu Santo. Este augusto don encierra todo el bien espiritual de la Iglesia, conforme enseña el magisterio, y los otros seis sacramentos, así como todos los ministerios eclesiásticos y las obras de apostolado, se ordenan hacia él y se realizan en función de él.³

Ahora bien, más que eso, «la Eucaristía hace la Iglesia»:⁴ es la condición de su existencia y el elemento que la hace *católica*, es decir, universalmente una, porque reúne a todos los bautizados en *un solo cuerpo*. He aquí una sublime y profunda verdad, que, no obstante, rara vez tenemos en cuenta.

La antigüedad cristiana la tenía muy presente y, por eso, «designó con las mismas palabras —*Corpus Christi*— el cuerpo nacido de la Virgen María, el cuerpo eucarístico y el cuerpo eclesial de Cristo».⁵

¿Qué relación existe entonces entre estas tres realidades? ¿Cuáles son las raíces de este bellissimo misterio

de nuestra fe? Para meditar adecuadamente sobre ese tema, remontémonos a la propia institución de la Sagrada Eucaristía en la última cena.

Deseo íntimo del Sagrado Corazón de Jesús

El Evangelio de San Juan, en uno de sus pasajes más bellos, conmovedores y grandiosos, recoge la oración pronunciada por Nuestro Señor Jesucristo momentos antes de dirigirse al huerto de los olivos para padecer la Pasión. El Salvador acababa de confiar a los Apóstoles, recién recibidos en el sacerdocio, el más inestimable legado: su Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad bajo las especies del pan y del vino. Sabiendo, pues, «que había llegado su hora» (Jn 13, 1), en una mezcla de dolor y ternura, oró al Padre con estas palabras, que aquí recordamos brevemente:

El augusto don de la Eucaristía es la condición de la existencia de la Iglesia y el elemento que la hace universalmente una



«Padre, glorifícame junto a ti, con la gloria que yo tenía junto a ti antes que el mundo existiese. He manifestado tu nombre a los que me diste de en medio del mundo. Tuyos eran, y tú me los diste. [...] En ellos he sido glorificado. Ya no voy a estar en el mundo, pero ellos están en el mundo, mientras yo voy a ti. Padre santo, guárdalos en tu nombre, a los que me has dado, para que sean uno, como nosotros. Cuando estaba con ellos, yo guardaba en tu nombre a los que me diste, y los custodiaba. [...] Ahora voy a ti, y digo esto en el mundo para que tengan en sí mismos mi alegría cumplida. [...]

»No sólo por ellos ruego, sino también por los que crean en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno, como tú, Padre, en mí, y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado. Yo les he dado la gloria que tú me diste, para que sean uno, como nosotros somos uno; yo en ellos, y tú en mí, para que sean completamente uno, de modo que el mundo sepa que tú me has enviado y que los has amado a ellos como me has amado a mí» (Jn 17, 5-23).

Esta ardiente súplica consignó para toda la eternidad lo que habría de ser la Iglesia, a punto de nacer del costado abierto del Crucificado. De hecho, el Señor insiste cuatro veces, con distintos matices, en esta misma petición: «Padre, que todos sean uno, como nosotros somos uno».

Explica Santo Tomás de Aquino⁶ que ese deseo del Salvador consiste en que la unidad de la Santa Iglesia sea el reflejo más perfecto posible de su unión con el Padre. Así como ambos son un solo Dios por el Amor que procede de ellos, que es el Espíritu Santo, el Señor nos pide que también nosotros seamos uno por la participación en el indestructible vínculo de la caridad.

Inspirado por el Paráclito, San Pablo expresó ese deseo del Hombre-Dios

en doctrina, especialmente en su primera carta a los corintios: «Lo mismo que el cuerpo es uno y tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, a pesar de ser muchos, son un solo cuerpo, así es también Cristo. Pues todos nosotros, judíos y griegos, esclavos y libres, hemos sido bautizados en un mismo Espíritu, para formar un solo cuerpo. Y todos hemos bebido de un solo Espíritu. [...] Vosotros sois el cuerpo de Cristo, y cada uno es un miembro» (12, 12-13.27).

Ahora bien, esa unidad se hace efectiva en la Iglesia a través de un sacramento: la Sagrada Eucaristía, banquete espiritual de los bautizados. Es mediante el pan de la concordia, explica San Agustín,⁷ que Dios hace habitar en una misma casa a quienes comparten la misma manera de vivir, pues *significa y realiza* la comunión de vida con Dios y la unidad de los fieles por las cuales la Iglesia es ella misma.

Significa, porque es realmente el cuerpo de Cristo bajo las especies del pan, hecho de la unión de numerosos granos, y del vino, elaborado con el jugo de muchas uvas, lo cual simboliza a los innumerables bautizados unidos al Redentor y entre sí, en la caridad, para formar la única Iglesia, el Cuerpo Místico de Cristo;⁸ y *realiza*, en el sentido de que es causa y condición indispensable de la unión de los fieles, que nos hace «uno en Cristo Jesús» (Gál 3, 28).

Por el bautismo nos hacemos miembros del cuerpo de Cristo, y esta unidad se efectiva por la Eucaristía, banquete espiritual de los bautizados

El cristiano es otro Cristo

Para la unidad del Cuerpo Místico, nuestro vínculo con su divina cabeza es el factor primordial y más importante.

Al comulgar, recibimos como fruto principal la unión íntima con el Salvador,⁹ tal como Él mismo reveló a sus discípulos en Cafarnaúm: «Yo soy el pan vivo que ha bajado del Cielo. [...]



Rodhullandemu (CC BY-SA 4.0)

Jesús con la Eucaristía - Iglesia de San Carlos Borromeo, Liverpool (Inglaterra). En la página anterior, detalle de «La exaltación de la Eucaristía» - Museo Pedro de Osma, Lima



El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él. Como el Padre que vive me ha enviado, y yo vivo por el Padre, así, del mismo modo, el que me come vivirá por mí» (Jn 6, 51.56-57). Se trata de la unión más perfecta posible con Cristo en la tierra.¹⁰ Más aún, comenta San Agustín,¹¹ agregados a su divino cuerpo, nos convertimos en lo que recibimos; es decir, no sólo nos hacemos cristianos, sino el *propio Cristo*.

Gran misterio, unión inefable, honra por encima de todo mérito, ¡que el hombre y Cristo sean uno! Es para nosotros un honor tan grande —afirma San Juan de Ávila—¹² que nuestra lengua y nuestra razón enmudecen. También San Pedro Julián Eymard, excelente adorador del Santísimo Sacramento, exclama: «¡Comunión! ¡Cuán significativo es este solo término! [...] Únense, pues, el cuerpo de Jesucristo con nuestro cuerpo y su alma con nuestra alma, cerniéndose su divinidad sobre ambos. Nuestro cuerpo es, por así decirlo, engastado en el de Jesucristo, el cual, como nos gana en dignidad y nobleza, nos envuelve y nos domina y nos fundimos en Él con unión inefable. ¡Qué cosa más magnífica esta unión de un cuerpo glorioso y resucitado con nuestra mísera naturaleza! [...] Es un espectáculo celestial».¹³

En virtud de ese precioso don, el Redentor prolonga su presencia y acción en el mundo, porque siempre participa de nuestras luchas y sufrimientos, ya que es perseguido en nosotros, sus miembros (cf. Hch 9, 4). Del mismo modo, multiplica por todo el orbe sus predicaciones, sus milagros, su misericordia, su paciencia en los trabajos. Nuestra

gloriosa cabeza vive verdaderamente hasta el fin del mundo en su Cuerpo Místico, peregrinante y militante en esta tierra. Y, por eso mismo, todas

las buenas obras de los justos, como miembros vivos de la Iglesia, aunque parezcan sencillas o corrientes, son preciosísimas y merecedoras de la vida eterna.¹⁴

*Unidos a Cristo,
cabeza, debemos
contribuir también a
la unidad del Cuerpo
Místico por la caridad,
rechazando lo que
causa discordia*

No huyamos de la unión con los demás miembros

Considerando tan profunda unión con el Verbo humanado, se entiende fácilmente cómo nosotros, los católicos, estamos vinculados unos a otros y qué implica este vínculo.

El Apóstol, una vez más, es sumamente elocuente al tratar este tema (cf. Ef 4, 3-16). Nos exhorta, en primer lugar, a conservar siempre la unidad del Espíritu, expresada en una sola fe, en

una sola esperanza, en un solo bautismo. De hecho, como explica San Ireneo, «nuestra manera de pensar está de acuerdo con la Eucaristía, y la Eucaristía a su vez confirma nuestra manera de pensar»;¹⁵ así, al alimentarnos frecuente, lícita y fructíferamente en el sagrado banquete, mantenemos nuestra plena consonancia con la doctrina católica y vivimos la fe en su integridad, consolidándonos aún más en la unidad.

San Pablo también enseña que todos, según sus diferentes capacidades y tareas, deben contribuir al desarrollo del Cuerpo Místico, creciendo en todos los sentidos en aquel que es nuestra cabeza, hasta alcanzar el estado del hombre maduro en Cristo. Para ello, necesitamos revestirnos de caridad, que se manifiesta en mansedumbre, misericordia, generosidad, admiración, humildad, magnanimidad; en resumen, en toda clase de buenas disposiciones de unos para con otros,



Jesús y la Eucaristía - Museo de Arte Sacro de Santa Mónica, Puebla de Zaragoza (México)

Reproducción



pues un cuerpo dividido no puede sobrevivir, ni constituirse un organismo de miembros autosuficientes, vinculados por sí mismos a la cabeza y —¡suma aberración!— desarticulados unos de otros.

En este sentido, cabe un rechazo especial a todo aquello que, entre los miembros de ese cuerpo de Cristo, sea causa de discordia, un pecado gravísimo que atenta directamente contra su integridad. Envidias, animosidad, disputas, difamación, chismes, engreimientos (cf. 2 Cor 12, 20), aun siendo pequeños, son reprendidos con severidad en el Evangelio, que afirma que quien llama necio a su hermano será condenado al Infierno, y nos manda abstenernos de presentar ofrendas a Dios hasta que no hayamos reparado faltas de ese tipo (cf. Mt 5, 22-24).

Quien quiere, pues, tener parte con Dios, «no le horrorice la unión con los miembros, y no sea un miembro podrido, que deba ser cortado; ni miembro deforme, de quien el cuerpo se avergüence; que sea bello, proporcionado y sano, y que esté unido al cuerpo».¹⁶



Leandro Souza

Comunión durante la santa misa en la basílica de Nuestra Señora del Rosario, Caieiras (Brasil)

Que el Santísimo Sacramento, recibido con fervor y asiduidad, sea el centro de nuestras vidas y Rey efectivo de los corazones

Sea la Eucaristía el centro de nuestras vidas

«¡Oh qué misterio de amor, y qué símbolo de la unidad, y qué vínculo de la caridad!»,¹⁷ exclamó con toda razón San Agustín, en un arrebato de amor y gratitud hacia ese don infinito, manifestado con tanta sencillez a todos los miembros de la Iglesia.

Pues bien, hagamos también nuestra esta exclamación y acerquémonos lo más posible al Sacramento del Altar, pues no hay mayor homenaje que se le pueda rendir al Creador, ni mejor manera de agradecerse, que recibirlo y nutrirse de Él en este formidable misterio.¹⁸ Asimismo,

no hay bien más grande para la Santa Iglesia y para el mundo que la unidad perfecta de todos los fieles en la Verdad, puerta de entrada a todas las gracias y bendiciones celestiales, y principio de la derrota de las poderes infernales.

Que el Santísimo Sacramento, recibido con fervor y asiduidad, sea el centro de nuestras vidas y, cuanto antes, también el Rey efectivo de todos los corazones, para la renovación de la faz de la tierra. ✠

¹ SAN JUAN PABLO II. *Ecclesia de Eucharistia*, n.º 1.

² Cf. CONCILIO DE TRENTO. *Decreto sobre la Eucaristía*, c. 1: DH 1636.

³ Cf. CONCILIO VATICANO II. *Presbyterorum ordinis*, n.º 5.

⁴ CCE 1396.

⁵ BENEDICTO XVI. *Sacramentum caritatis*, n.º 15.

⁶ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Comentario al Evangelio según San Juan*. Madrid-Buenos Aires: Edibesa; Agape, 2011, t. VIII, pp. 209-210.

⁷ Cf. SAN AGUSTÍN. *Comentario al Evangelio de Juan*. Homilía 26, n.º 14. Madrid: BAC, 1955, t. XIII, p. 671.

⁸ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Doctrina Teológica*. Madrid: Rialp, 1962, p. 595.

⁹ Cf. CCE 1391.

¹⁰ Cf. SAN PEDRO JULIÁN EYMARD. «La Natividad y la Eucaristía». In: *Obras eucarísticas*. 4.ª ed. Madrid: Eucaristía, 1963, p. 165.

¹¹ Cf. SAN AGUSTÍN. Sermón 57. In: *Obras completas*. Madrid: BAC, 1983, t. x, p. 137.

¹² Cf. SAN JUAN DE ÁVILA. «O homem e Cristo, uma mesma Pessoa, um só Cristo». In: *Sermões do Santíssimo Sacramento*. São Paulo: Molokai, 2018, pp. 424; 442.

¹³ SAN PEDRO JULIÁN EYMARD. «La comunión: sacramento de unidad». In: *Obras eucarísticas*, op. cit., p. 319.

¹⁴ Cf. SAN JUAN DE ÁVILA. «Incorporados a Cristo, nossas obras são obras também de Cristo». In: *Sermões do Santíssimo Sacramento*, op. cit., pp. 215; 218.

¹⁵ SAN IRENEO DE LYON. *Contra las herejías*. L. IV, c. 18, n.º 5. Sevilla: Apostolado Mariano, 1994, pp. 72-73.

¹⁶ SAN AGUSTÍN, *Comentario al Evangelio de Juan*, op. cit., n.º 13, pp. 610-611.

¹⁷ *Idem*, p. 610.

¹⁸ Cf. FABER, Frederick William. *O Santíssimo Sacramento. As obras e os caminhos de Deus*. São Paulo: Cultor de Livros, 2020, p. 463.

«El Maestro está ahí y te llama»

Tanto anhelamos la felicidad eterna y tanto gemimos en este valle de lágrimas, que nos olvidamos del lugar donde el Cielo —el Cielo de los Cielos, que es Dios— está prisionero en la tierra: el sagrario.

✦ **Diác. Alison Batista de Oliveira, EP**



¿Quién no desearía arrodillarse junto al pesebre de Belén para adorar al Niño Jesús? ¿O escuchar una predicación del divino Maestro, recibir una mirada suya durante su paso por una aldea de Galilea, verle discutir con los fariseos o expulsar a los mercaderes del Templo? ¿O incluso estar al pie de su cruz con María, su Madre?

Se equivocaría aquel que pensara que estamos privados de ese trato inefable. Si conociéramos de verdad quién se halla encerrado en los sagrarios de nuestras iglesias, exclamaríamos como Jacob: «Realmente el Señor está en este lugar y yo no lo sabía». (Gén 28, 16).

Sí, Dios está con nosotros y no lo sabemos. O mejor dicho, lo olvidamos... El Señor, habiendo prometido que permanecería con nosotros todos los días, hasta el fin del mundo (cf. Mt 28, 20), cumplió esa promesa de manera inaudita al instituir el Santísimo Sacramento del Altar.

Y si con *ardiente deseo* (cf. Lc 22, 15) el Redentor se nos dio como alimento al instituir la Eucaristía en la última cena, no fue sin gran benevolencia que pre-

paró una sorpresa para sus hijos: la adoración a la sagrada Hostia.

Preparando el terreno

A pesar de tan precioso, ese tesoro permaneció prácticamente oculto hasta el siglo XI, cuando surgió la herejía de Berengario, el cual se levantaba contra la realidad del Sacramento del Altar.¹ Entonces en la cristiandad, a guisa de entusiasta respuesta a ese error, se inició un auténtico auge de devoción a la presencia real de Jesús en la Eucaristía.

En aquella época, por ejemplo, fue cuando la elevación de las especies consagradas adquirió su debida importancia: todos deseaban ver el pan divino y el cáliz de la Nueva Alianza en ese momento entre todos sacrosanto.

En este terreno tan bien labrado para la devoción eucarística, la Divina Providencia suscitó un heraldo de esta renovada piedad en torno al Sacramento del Amor.

La mensajera de la Eucaristía

La enviada fue Juliana, nacida en las cercanías de Lieja (Bélgica), en 1193. Huérfana desde tierna edad y acogida

por las agustinas de Mont-Cornillon, la niña no sólo floreció en inteligencia y mortificación, sino que se convirtió en un sagrario vivo de amor a los sagrados misterios.

Hacia los 16 años, mientras se hallaba sumida en la contemplación, una visión enigmática se impuso a su espíritu: la luna, en su argénteo esplendor, mostraba una pequeña grieta oscura que dividía el astro en dos partes.

Maravillada por aquella escena insólita, la imagen volvía con frecuencia a su mente durante la oración, hasta el punto de pensar que se trataba de una tentación. Tras años de prueba, Cristo finalmente le reveló que «la luz era la Iglesia presente, mientras que la hendidura en la luna simbolizaba la ausencia de una fiesta, la cual en adelante Él deseaba que sus fieles en la tierra celebraran».²

A continuación, el Redentor le reveló que sería necesario conmemorar una vez al año la institución del sacramento de su cuerpo y sangre de una manera más solemne que el Jueves Santo, cuando la Iglesia se recoge para recordar el lavatorio de los pies y se prepara para la Pasión.³

Santa Juliana se resistió durante más de veinte años a la misión divina de promover la institución de la fiesta dedicada a la Eucaristía, movida no por negligencia, sino por una profunda conciencia de su propia indignidad.

Demostrando una prudencia ejemplar y evitando cualquier precipitación, la religiosa buscó el discernimiento de la Iglesia antes de hacer públicas sus visiones. Oculta bajo el velo del anonimato, confió esas revelaciones a Juan de Lausana, a quien tenía por santo, pidiéndole que las sometiera al escrutinio de eminentes teólogos. De esta manera, la santa virgen siguió el modelo apostólico de San Juan, que sometió al consejo de los demás la veracidad del espíritu (cf. 1 Jn 4, 1).

La validación eclesial contó con el dictamen favorable de ilustres figuras, entre las que se encontraba el entonces archidiácono de Lieja, Jacques de Troyes, versado en la ley divina y adornado con los méritos de santidad, quien más tarde ascendería al solio pontificio como Urbano IV. La convergencia de opiniones entre obispos, doctores de la ley y prelados confirmó la inspiración del Paráclito, que no se contradice al hablar por boca de sus siervos.⁴

Urbano IV, movido por el recuerdo de aquella revelación, así como por el milagro de Bolsena, promulgó la bula *Transiturus de hoc mundo*, instituyendo la fiesta del Cuerpo y Sangre de Cristo, el 11 de agosto de 1264. De este modo, la armonía entre la experiencia mística de Santa Juliana y el discernimiento de las autoridades aseguró que la propuesta de la nueva solemnidad fuera recibida como doctrina para el bien de toda la Iglesia.

La fiesta de Corpus Christi se extendió entonces por todo el orbe católico y borró la mácula que aparecía sobre

el rostro luminoso del Cuerpo Místico de Cristo. Éste pasó a resplandecer cual hostia sin arruga ni mancha.

El Cielo prisionero en la tierra

En nuestros días, tras casi ocho siglos de aquellos acontecimientos, ¿cómo se mantiene el fervor por el Santísimo Sacramento?

Es bien cierto que la mayoría de los templos, dispersos por millares en va-

su época, lamentó la ausencia de fieles de Jesús-Hostia: «Nuestro siglo está enfermo porque no se adora».⁵

El mismo Jesús que caminó por Galilea predicando la Buena Nueva está presente, en el momento en que el lector recorre con la mirada estas líneas, en los sagrarios. Allí está Jesús, cual prisionero que espera ansiosamente la visita de sus amigos para liberarlos de la cárcel de sus males. Y nosotros, que tanto anhelamos la felicidad eterna, que tanto gemimos en este valle de lágrimas, nos olvidamos del lugar donde el Cielo —el Cielo de los Cielos, que es Dios— quedó preso en la tierra.

Este punto de encuentro se llama sagrario. «¿La divina Eucaristía —continúa San Pedro Julián Eymard— no es el Cielo en la tierra? [...] Por tanto, no es en el Cielo donde el alma amante debe buscar a Jesús: no es el momento ni el lugar para ello; sino precisamente en el Santísimo Sacramento».⁶

Al llamar a la puerta de tan augusto Prisionero, podemos recibir todas las dádivas del Rey del universo. Así como quien se expone a los rayos solares se quema sin más esfuerzo que el de permanecer expuesto al sol, así el adorador del Santísimo Sacramento, aun quieto y silente, es transformado en brasa de incensario. Su rostro se ilumina, su mirada se vuelve clara, pues Jesús-Hostia desborda en dones sobre todos los que lo visitan, y ni siquiera quienes no le hablan pueden huir de su bondad.

Sólo escapan, en efecto, aquellos que no se exponen a la luz divina que emana de la custodia o del sagrario.

El sueño de Jesús en la barca y su simbolismo

Un hecho recogido en el Evangelio (cf. Mt 8, 23-27) ejemplifica, mediante una tempestad, la situación de quietud



Reproducción

La armonía entre la experiencia mística de Santa Juliana y el discernimiento de las autoridades aseguró que la propuesta de la nueva solemnidad fuera recibida como doctrina para el bien de toda la Iglesia

«Visión de Santa Juliana de Mont-Cornillon», de Philippe de Champaigne - Instituto de Bellas Artes Barber, Birmingham (Inglaterra). En la página anterior, sagrario de la capilla de San Pablo Apóstol, Ponta Grossa (Brasil)

lles, islas, montañas, rincones y recovecos de la tierra, albergan en su interior a aquel que el universo no puede contener. Pero ¿cuántas almas son las que conscientemente lo buscan? Él ha llenado el mundo con su presencia y nosotros tantas veces hemos vaciado sus santuarios con nuestra indiferencia... San Pedro Julián Eymard, ya en

nes, teniendo al Señor tan accesible, lo echan todo a perder.

Jesús navegaba en una barca con sus apóstoles. De repente, el viento empieza a silbar, las nubes se cargan de negrura y, en poco tiempo, descargan torrentes sobre las agitadas olas del mar. ¡Ay del pobre batel! Tiembla y se balancea, cruje y se inclina, se descontrola. En la popa, el divino Maestro duerme tranquilamente, recostado sobre un almohadón... Sus discípulos, más temerosos de despertar al Señor que de perecer en las olas, intentaron por sí solos salvar la embarcación del naufragio. Todo fue en vano. Ya no resbalaban en la cubierta, sino que nadaban en ella. Más de una vez, alguno casi cae en las aguas turbulentas.

Esa embarcación representa nuestra alma y la Santa Iglesia, que es la barca de Pedro. No por la fuerza de los navegantes, sino por la del divino Maestro que habita en ella, esta nave debe vencer cualesquiera torbellinos que se le presenten. En efecto, olas de persecución la azotan, las caliginas de todos los tiempos se desploman, vientos de odio y silbidos calumniosos rasgan el aire. Algunos discípulos resbalan y son engullidos por oscuros remolinos.

¿Por qué, en estos momentos, no acudimos a Jesús? ¿Por qué no buscamos la solución allí donde se encuentra? ¿Por qué intentamos salvar barcas amenazadas con nuestras propias fuer-

zas, sin recurrir al Dios fuerte, que todo lo puede resolver? Él siempre está a la espera. Unos minutos de adoración al Santísimo Sacramento serían suficientes para transformar nuestras almas y calmar cualquier tormenta.

La Hostia sagrada es como el ancla de nuestra alma agobiada y de la Iglesia que lucha. No en vano soñó San Juan Bosco que la barca de Pedro estaba encadenada a la columna de la Eucaristía.

La orden del Señor y nuestra respuesta

El pasaje del Evangelio dice que los discípulos: «Se acercaron y lo despertaron gritándole: “¡Señor, sálvanos, que perecemos!”» (Mt 8, 25). Él «se puso en pie, increpó a los vientos y al mar y vino una gran calma» (Mt 8, 26).

Bastó con buscarlo, y una palabra suya apaciguó aquellas olas. Los discípulos quedaron admirados: «¿Quién es éste, que hasta el viento y el mar le obedecen?» (Mt 8, 27). Él es el Capitán de la Iglesia. Es aquel que nos

llama cuando nos debatimos entre las olas; es aquel que, invocado, silencia la tempestad.

«El Maestro está ahí y te llama» (Jn 11, 28). He aquí la invitación que se nos hace continuamente. Desde el interior de los sagrarios o expuesto en las custodias, Jesús, que no necesita de nada, pide nuestra presencia.

¿Y nosotros, vamos a privarnos de tan augusta compañía? ✠

¹ Cf. DH 690.

² THE LIFE OF JULIANA OF CORNILLON. In: MULDER-BAKKER, Anneke B. (Ed.). *Living Saints of the Thirteenth Century*. Turnhout: Brepols, 2011, p. 234.

³ Cf. *Idem*, *ibidem*.

⁴ Cf. *Idem*, pp. 235-238.

⁵ O BEM-AVENTURADO PEDRO JULIÃO EYMARD. Rio de Janeiro: Livraria Eucarística, 1953, p. 544.

⁶ SAN PEDRO JULIÁN EYMARD. *Escritos espirituais*. Petrópolis: Vozes, 1956, t. II, p. 192.



La Hostia sagrada es como el ancla de nuestra alma agobiada y de la Iglesia que lucha, ante los vientos del odio y las olas de la persecución

A la izquierda, «Cristo en la tormenta en el mar de Galilea», de Rembrandt - Museo Isabella Stewart Gardner, Boston (Estados Unidos); arriba, bendición del Santísimo Sacramento en la basílica de Nuestra Señora del Rosario, Caieiras (Brasil)



¿La Eucaristía previene los pecados futuros?



✚ P. Mario Beccar Varela, EP

«**M**ás vale prevenir que curar», reza el proverbio. Ya sea en el ámbito de la medicina, ya en el de la seguridad, la prevención se considera la mejor forma de evitar enfermedades e incidentes. Cualquier intervención siempre resulta más traumática que las acciones prudentiales.

Desde el principio, la Divina Providencia propició la existencia de la vida en este planeta, disponiéndolo todo con

«peso, número y medida» (Sab 11, 20). Siendo el hombre un «animal social» y dotado de inteligencia, también le permitió vivir en comunidad, con miras a la ayuda mutua en la obtención de alimentos, vivienda, vestimenta, etc., así como en la defensa contra ataques externos.

Santo Tomás de Aquino (cf. *Suma Teológica*, III, q. 79, a. 6) argumenta que la Eucaristía, al igual que el alimento corporal, fortalece nuestra alma contra la muerte espiritual. De hecho, el que proveyó los medios superabundantes para el mantenimiento de la vida del cuerpo en esta tierra, ¿no haría lo mismo para evitar la muerte del alma?

Uno de los efectos del Sacramento del Altar consiste precisamente en la preservación de la muerte espiritual: «Este es el pan que baja del Cielo, para que el hombre coma de él y no muera» (Jn 6, 50). El Aquinate explica este convincente pasaje: «El pecado es una especie de muerte espiritual del alma. Por tanto, uno se preserva del pecado futuro como preserva su cuerpo de la muerte futura» (a. 6).

La Eucaristía defiende la vida del alma como un arma poderosa que repele los ataques del demonio: «Es signo de la pasión de Cristo, por la que han sido vencidos los demonios» (a. 6).

Además, el Doctor Angélico enseña que, así como el Creador proveyó alimento y medicina en la naturaleza

para preservar el cuerpo de la corrupción, así también quiso que la Eucaristía reconfortara el corazón del hombre (cf. Sal 103, 15) para evitar las malas inclinaciones que conducen a la pérdida del alma.

Sin embargo, del mismo modo que la eficacia de un medicamento depende del estado de salud del paciente, el «pan vivo que ha bajado del Cielo» (Jn 6, 51) disminuye la inclinación al mal conforme las disposiciones individuales, porque «el efecto de este sacramento se percibe en el hombre según la condición humana» (ad 1). Por consiguiente, corresponde a cada uno sacar el mayor provecho de esta sublime dádiva.

Santo Tomás advierte además que, «aunque este sacramento tenga en sí mismo la fuerza de preservar del pecado, no le quita al hombre la posibilidad de pecar» (ad 1). La analogía con los medicamentos corporales hace aún más comprensible esta realidad: su utilidad disminuye en función de la mayor o menor predisposición del paciente.

La comunión del cuerpo y la sangre de Cristo lleva, asimismo, a un aumento de la caridad. Por eso, *ipso facto*, disminuye la atracción por el pecado y «confirma el corazón del hombre en el bien. Por lo que también preserva al hombre del pecado» (ad 3).

Así como el instinto natural de supervivencia nos lleva a amar la vida y a rechazar lo que la amenaza, la Eucaristía nos proporciona un deseo de Dios por el que nos adherimos al bien y rechazamos el mal. Bienaventurados aquellos en quienes el «instinto sobrenatural de conservación» es intenso y operante. ✚

La Eucaristía preserva de la muerte espiritual y, como arma poderosa, repele los ataques del demonio

Sagrado Corazón Eucarístico de Jesús -
Basilica de la Concepción de
Nuestra Señora, Madrid





Augusto misterio, prefigurado desde el principio

Como una solemne aurora, el sol de la Eucaristía se insinúa poco a poco entre las brumas del Antiguo Testamento, hasta configurarse plenamente como el más sublime Sacramento.



✦ **Nicolle Ouverney Spitz**

La Biblia sigue siendo hoy la obra más leída y más difundida del mundo; sin embargo, su sentido más profundo permanece siempre desconocido. Ni años y años de estudio serían suficientes para abarcar toda la sabiduría contenida en aquellas sublimes páginas. ¿Y por qué? Porque el autor principal de la Sagrada Escritura es Dios mismo, infinito y eterno, cuyos designios son inescrutables y cuyos pensamientos están por encima de los nuestros cuanto dista el cielo de la tierra (cf. Is 55, 8-9).

Así, la superficialidad humana suele considerar triviales determinados he-

chos bíblicos, como algunas antiguas costumbres judías. No obstante, a la luz de la fe, poseen un gran valor sobrenatural y simbólico. En efecto, las Escrituras pueden compararse con un arca sagrada de la que sacamos «lo nuevo y lo antiguo» (Mt 13, 52), y en la que encontramos narraciones llenas de sentido cuando son analizadas a la luz de la Revelación de Cristo, ayudándonos a comprender mejor los tesoros recibidos en el seno maternal de la Santa Iglesia.

El lector podrá comprobar esta realidad en las siguientes líneas. Serán recordados diversos episodios de

la Historia Sagrada, muchos de ellos algo enigmáticos, pero que adquieren un significado especial cuando se establecen correlaciones con el único y altísimo don de la fe.

Vida e inmortalidad contenidas en un fruto

Tras narrar la obra de los seis días, el Génesis describe el momento en que, habiendo plantado un jardín en el Edén, el Señor introdujo en él al hombre e hizo brotar de la tierra toda clase de árboles de aspecto hermoso y excelentes frutos; también colocó «el árbol de la vida en mitad del jardín, y el árbol del conocimiento del bien y el mal» (Gén 2, 9).

En su infinita sabiduría, el Creador le permitió a Adán que comiera de todos los frutos del jardín, con excepción de los que crecían del árbol del conocimiento del bien y el mal; de lo contrario, sin duda alguna moriría (cf. Gén 2, 16-17). Sin embargo, la serpiente, el más astuto de entre los animales, se acercó a Eva y le sugirió que probara el fruto: «No, no moriréis; es que Dios sabe que el día en que comáis de él, se os abrirán los ojos, y seréis como Dios en el conocimiento del bien y el mal» (Gén 3, 4-5). El desenlace es bien conocido: la mujer cedió a la tentación y, a continuación, el primitivo hombre. Al pecar de soberbia, nuestros primeros padres desobedecieron a Dios y fueron expulsados del paraíso.¹



Reproducción

El sentido más profundo de la Biblia permanece siempre desconocido. Ni años y años de estudio serían suficientes para abarcar toda la sabiduría contenida en aquellas sublimes páginas. ¿Y por qué?

Fragmento del Libro de Isaías en hebreo, Manuscrito de Qumrán - Museo de Israel, Jerusalén



Ahora bien, justo después de ese lamentable episodio, narran las Escrituras que «el Señor Dios dijo: “He aquí que el hombre se ha hecho como uno de nosotros en el conocimiento del bien y el mal; no vaya ahora a alargar su mano y tome también del árbol de la vida, coma de él y viva para siempre”» (Gén, 3, 22); y entonces «colocó a los querubines y una espada llameante que brillaba, para cerrar el camino del árbol de la vida» (Gén 3, 24).

¡Misterio insondable! Dios omnipotente quiso ocultar en una simple materia vegetal el don sobrehumano de la inmortalidad. ¿Por qué lo habría hecho?

«El Señor se fijó en Abel y en su ofrenda»

También en el Libro del Génesis se lee que Adán y Eva tuvieron inicialmente dos hijos: Caín y Abel, que se convirtieron, respectivamente, en agricultor y pastor. Al presentar sacrificios al Señor, el primero ofreció frutos de la tierra, y el segundo, los primogénitos de su rebaño.

No obstante, «el Señor se fijó en Abel y en su ofrenda, pero no se fijó en Caín ni en su ofrenda» (Gén 4, 4-5). Esto se debe a que, mientras éste le presentaba a Dios los restos de su cosecha, su hermano le dedicaba los mejores animales, sin reservarse nada para sí. Poco después, Abel fue asesinado por la envidia fraterna y recibido en las moradas eternas como el primero de todos los justos; su alma se presentó ante los ojos divinos como holocausto, coronando el sacrificio agradable que acababa de ofrecer.

Perfectísimo en todos sus acciones, el Creador entabló a continuación un conmovedor diálogo con Caín. Él, que no había protegido de la muerte al inocente Abel, marcó al impío hermano



El autor principal de la Sagrada Escritura es Dios mismo, cuyos designios son inescrutables

Cristo en majestad, de Giovanni da Milano - Pinacoteca di Brera, Milán (Italia)

fratricida con una señal en la frente para que nadie atentara con su vida (cf. Gén 4, 15).

Un sacerdote envuelto en las brumas del misterio

Un poco más adelante, en los albores de la epopeya de los patriarcas, otro hecho llama nuestra atención. Melquisedec, rey de Salén y sacerdote del Dios altísimo, surge en las páginas de la Historia Sagrada.

Figura misteriosa, «sin padre, sin madre, sin genealogía», de quien «no se menciona el principio de sus días ni el fin de su vida» (Heb 7, 3), fue introducido por Dios en la vida de Abrahán cuando éste cruzaba el valle de Save, propiedad del rey de Sodoma, tras rescatar a Lot de las manos de los reyes cananeos. De manera inusual, antes de

bendecir al santo patriarca, sacó «pan y vino» (Gén 14, 18).

Ahora bien, en aquella época, era costumbre ofrecer animales a Dios, sacrificados con derramamiento de sangre. Melquisedec fue el primero en ofrecer pan y vino; sin embargo, las Escrituras guardan silencio sobre el motivo de tal elección.

Desafío desgarrador, cumplido fielmente

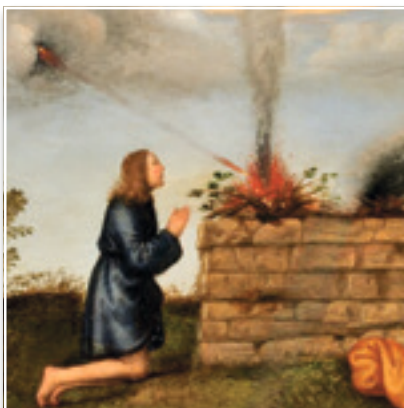
Poco después, a pesar de su avanzada edad y la esterilidad de su esposa, Abrahán tuvo un hijo, fruto de la promesa divina de que su descendencia sería numerosa como las estrellas del cielo y la arena de la playa (cf. Gén 21, 5; 22, 17). El Señor quiso entonces ponerlo a prueba: «Toma a tu hijo único, al que amas, a Isaac, y vete a la tierra de Moria y ofrécemelo allí en holocausto en uno de los montes que yo te indicaré» (Gén 22, 2).

A primera vista, la petición parece demasiado osada, contraria incluso a la ley natural, según la cual un padre jamás hace daño a su hijo, sino que, más bien, tiende a dar su propia vida para protegerlo. Además, Isaac era el cumplimiento de la promesa divina: Abrahán lo amaba no sólo como hijo, sino también como una dádiva del Cielo, prenda de su alianza con Dios. El Señor podría haber escogido cualquier otra clase prueba para poner a examen la fe de su elegido; no obstante, por razones sapiencialísimas, quiso someterlo a ese desafío desgarrador, incomprensible a los ojos humanos.

Fiel a la voluntad divina, en el auge de su fe y confianza en el Altísimo, el santo anciano subió a la cima del monte, levantó un altar, apiló la leña, y ató a su unigénito sobre él; luego alzó el cuchillo, dispuesto a consumir el holocausto, cuando el ángel del Se-



Reproducción



Fotos: Francisco Lecaros



Reproducción



ñor irrumpió desde los cielos y gritó: «¡Abrahán, Abrahán! No alargues la mano contra el muchacho ni le hagas nada. Ahora he comprobado que temes a Dios, porque no te has reservado a tu hijo, a tu único hijo» (Gén 22, 11-12). Y por esta actitud, el primer patriarca conquistó la bendición de Dios para sí y para toda su posteridad.

Signo de salvación: la sangre del cordero

Ya en el Libro del Éxodo, antes de infligir la décima plaga sobre Egipto —la muerte de los primogénitos—, que finalmente obtendría del faraón el permiso para que el pueblo saliera de su tierra, el Señor les prescribió a Moisés y a Aarón la celebración de la Pascua, que debía ser repetida todos los años como institución perpetua.

Cada familia inmolaría un cordero; si era demasiado pequeña para comerse todo, lo compartiría con el vecino; y no dejarían nada para el día siguiente. Además, el animal tenía que ser sin defecto, macho, de un año. Las puertas de cada casa se rociarían con la sangre del cordero sacrificado, que serviría de señal para ahuyentar al ángel exterminador (cf. Éx 12, 3-13). Y así se hizo.

Aquella noche, los primogénitos de los egipcios murieron uno a uno, mientras que los de los hebreos permanecían vivos, protegidos por la sangre del cordero (cf. Éx 12, 29-30).

De lo alto del cielo llovió pan

Cuando el pueblo ya estaba en el desierto, de camino a la tierra prometida, muchos empezaron a murmurar contra Moisés y Aarón, diciendo: «¡Ojalá hubiéramos muerto a manos del Señor en la tierra de Egipto, cuando nos sen-

tábamos alrededor de la olla de carne y comíamos pan hasta hartarnos! Nos habéis sacado a este desierto para matar de hambre a toda la comunidad» (Éx 16, 3). A lo que el Señor respondió: «Mira, haré llover pan del cielo para vosotros: que el pueblo salga a recoger la ración de cada día. [...] He oído las murmuraciones de los hijos de Israel. Diles: “Al atardecer comeréis carne, por la mañana os hartaréis de pan; para que sepáis que yo soy el Señor Dios vuestro”» (Éx 16, 4.12).

De hecho, a la mañana siguiente los judíos encontraron en la superficie del desierto una capa de rocío que, al evaporarse, dejó ver «un polvo fino, como escamas, parecido a la escarcha sobre la tierra» (Éx 16, 14). Como no sabían qué era aquello, Moisés les dijo: «Es el pan que el Señor os da de comer» (Éx 16, 15).

Los israelitas llamaron entonces a ese alimento *maná* y lo comieron durante cuarenta años (cf. Éx 16, 31.35), hasta que pudieron saborear los frutos de la tierra en el país de Canaán (cf. Jos 5, 12).

Las prefiguras se cumplen

Ecce Panis Angelorum —he aquí el pan de los ángeles—, canta extasiada la Santa Iglesia en una de las estrofas del himno *Lauda Sion*, compuesto por Santo Tomás de Aquino para la solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo. En este don inestimable de la Eucaristía, cada una de las prefiguras consideradas hasta ahora —y otras más, que excederían los límites de un artículo— encuentran su verdadero significado: «A partir de figuras simbólicas, a través de la oscuridad deliberada de los textos proféticos, es como la verdad [sobre la Eucaristía] se va revelando pro-

A través de figuras simbólicas, las verdades de la fe se van revelando progresivamente, al igual que los tenues rayos del amanecer anuncian el sol radiante del mediodía

De arriba abajo: detalle de «El sacrificio de Caín y Abel», de Mariotto Albertinelli - Museo Fogg, Cambridge (Estados Unidos); «El sacrificio de Isaac», de Frans Francken II - Museo de Santa Cruz, Toledo (España); «Abrahán y Melquisedec», de Marteen de Vos - Museo Soumaya, Ciudad de México; «La recogida del maná» - Museo Cartuja de Douai (Francia).



En el don inestimable de la Eucaristía, cada una de las prefiguraciones encuentra su verdadero significado

Misa en la basílica de Nuestra Señora del Rosario, Caeiras (Brasil)

Leandro Souza

gresivamente, al igual que el sol, antes de aparecer radiante en el horizonte, se revela mediante fulgores, al principio apenas perceptibles, luego más intensos y, por fin, plenamente definidos».²

En efecto, la primera de las figuras, el *árbol de la vida*, se explica en función del Sacramento del Altar mediante las palabras del Salvador: «El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día» (Jn 6, 54). La Eucaristía es el verdadero Árbol de la vida, que ha vuelto a echar raíces en un paraíso inmensamente más fértil, hermoso y rico: la Santa Iglesia.

En cuanto al *sacrificio de Abel*, agradable a Dios, simboliza la complacencia divina en el sacrificio de la cruz, renovado en la santa misa, cuya aceptación por parte de Dios implora la liturgia en la Plegaria Eucarística I, también llamada Canon Romano: «Mira con ojos de bondad esta ofrenda y acéptala, como aceptaste los dones del justo Abel».

En la *inmolación de Isaac* encontramos una clara alusión a la inmolación que el Padre eterno hizo de su divino Hijo en el Calvario. Ahora bien, el hecho

de que fuera una inmolación incruenta, realizada íntegramente en la intención, pero no consumada, prefigura más estrechamente el misterio de la Eucaristía, en el que el sacrificio de la cruz se renueva también de manera incruenta.

El *sacrificio de Melquisedec*, inspirado por el Espíritu Santo, contenía en la ofrenda del pan y el vino figuras exactas de la materia de la Eucaristía, que verdaderamente dispensa dádivas divinas a quien la reciben con las debidas disposiciones. El *cordeiro pascual*, por su parte, era figura de la sustancia eucarística, Cristo mismo, verdadera víctima que nos liberó, al precio de su sangre, de la esclavitud del demonio.

Por último, el *maná* representa el Sacramento del Altar como manjar de ángeles, que posee todos los gustos y agrada a todos los paladares (cf. Sab 16, 20-21); es decir, contiene en sí la fuente de la gracia que se adapta a cada alma y sacia a todos con la plenitud de los bienes espirituales. Es nuestro alimento de cada día, que nos sustenta durante la peregrinación en esta tierra de exilio, tal y como el maná sustentó a los judíos durante la travesía por el desierto.

No descuidemos jamás tan precioso don

Si el maná prefiguró la Eucaristía, también la realidad que lo rodeó nos ofrece un valioso punto de reflexión: en cierto momento, los israelitas se hartaron del maná y se quejaron contra Dios a causa de él (cf. Núm 11); ¿no será, pues, que en nuestros días muchos católicos reciben el Pan de vida con malas disposiciones, e incluso otros rechazan este preciosísimo sustento sobrenatural dado por el Padre celestial, que es el propio Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad de su Hijo unigénito?

Roguemos a la Virgen María, primera y más ardiente devota de la Eucaristía, para que nos obtenga un amor sincero, fervoroso y creciente a Jesús-Hostia, y nos libre de recibirlo con tibieza, negligencia o descuido. ✠

¹ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. II-II, q. 163, a. 1; ad 1.

² DEVAUX, Prosper. *L'Eucharistie à travers les siècles*. Paris: Maison de la Bonne Presse, 1919, p. 2. Las explicaciones de cada una de las prefiguraciones de la Eucaristía comentadas en este artículo se han tomado de esta misma obra.



Al rescate de Jesús

Dios Creador se tornó prisionero, el Todopoderoso se hizo delicado y vulnerable... ¿A qué no se sometió por nuestro amor? Vosotros, que lo amáis, defendedlo y si fuere necesario irescatadlo!

✠ Hna. María José Vicmary Feliz Gómez



Hay ciertas almas que, sin mérito alguno por su parte, sino simplemente por un designio gratuito de la Providencia, son colmadas de dones singulares y carismas extraordinarios, cuyos efectos sobrepasan las limitaciones de la naturaleza de una manera tan evidente que es imposible negar su origen sobrenatural.

Una de estas almas nació en la pequeña localidad de Cossé-en-Champagne (Francia), el 16 de julio de 1901. Yvonne Beauvais, tal era su nombre, recibió diversos dones místicos de Dios, entre ellos la bilocación y la glosolalia, con miras a una sublime misión que le sería confiada por el amor divino.

Un alma escogida

Yvonne tuvo una infancia común, marcada desde los 3 años por dificultades económicas, debido a la muerte prematura de su padre. En 1922, a los 21 años, cayó gravemente enferma y fue ingresada en un hospital de Malesroit, en Bretaña, regentado por monjas agustinas, donde estuvo convaleciente durante casi seis meses.

En ese período tuvo lugar su despertar a la vida mística y la vocación religiosa. El 18 de marzo de 1927, tras haber superado varios obstáculos, ingresó finalmente en el convento agustino, adoptando el nombre por el que llegaría a ser conocida: Yvonne-Aimée de Jesús.

A causa de la gran discreción que Yvonne guardaba respecto de sus do-

nes místicos, no se sabe precisar cuándo empezaron sus bilocaciones. Lo cierto es que la Providencia le concedió tal privilegio especialmente con vistas a una misión: rescatar el Santísimo Sacramento profanado, en todo el mundo.

De hecho, el don de la bilocación —atestiguado en la historia de los fenómenos místicos extraordinarios desde San Ambrosio y María de Ágreda hasta Don Bosco, el Padre Pío y otros contemporáneos— consiste en la capacidad de estar en dos sitios a la vez; más concretamente, de manifestarse o actuar a distancia, mientras el cuerpo físico permanece donde se hallaba al comienzo de la bilocación.

Se tiene constancia de al menos 151 casos similares ocurridos con Yvonne,¹



Cuando aún era muy joven, tuvo lugar el despertar de Yvonne a la vida mística

La joven Yvonne Beauvais

en muchos de los cuales recuperó hostias consagradas de manos de sacrílegos en distintas ciudades francesas e incluso en lugares más remotos como Alemania e Inglaterra.

Primeras expediciones relatadas

Los primeros registros documentados de esas expediciones sobrenaturales datan de 1923, por lo tanto, antes de su ingreso en religión. El 23 de abril de ese año, durante una estancia en Malesroit, Yvonne le confió a una monja que, de madrugada, se había bilocado hasta una casa y había llamado al timbre. A la mujer que le abrió, le dijo simplemente que había ido «a buscar la hostia». La dueña de la casa la condujo entonces al salón y le entregó la sagrada forma. «Inspirada por Jesús, Yvonne habló con esa señora durante media hora y, al día siguiente, la señora tuvo que confesarse».²

En otra ocasión, el Señor le pidió a Yvonne que fuera a buscarlo a casa de una mujer, la cual, desde hacía unos días, conservaba una hostia recibida indignamente durante la misa. Se dirigió allí y, tan pronto como encontró a la sacrílega, le reveló el motivo de su visita. La mujer palideció al oír aquello, y enseguida le entregó sin dificultad el Santísimo Sacramento; a continuación, Yvonne le exhortó sobre la gravedad de aquella falta y la necesidad de conversión. Finalmente, derramó lágrimas de sincero arrepentimiento.³

Pero no todas las misiones eran tan sencillas... Una vez, por ejemplo, después de un viaje en tren de noventa y tres kilómetros, del que regresó milagrosamente en un instante, Yvonne logró con mucha dificultad cumplir su objetivo, como lo relata ella misma: «No me resultó nada fácil arrancar la hostia ultrajada de las manos de aquella pobre alma. Tenía la impresión de hallarme ante un auténtico demonio, tal era el odio que reflejaba su expresión».⁴

Un impío, vencido por la gracia

A veces, manifestaciones angélicas acompañaban sus expediciones. Tras haber sido misteriosamente transportada a otra ciudad, a ciento setenta kilómetros de Malestroit, Yvonne se encontró junto a un automóvil que la esperaba. «Lo conducía un ángel, sin duda»,⁵ comentaría más tarde. El vehículo la dejó ante una de las últimas casas del arrabal y luego desapareció.

El hombre que abrió la puerta confesó que creía en la presencia real de Jesús en la Eucaristía y que era el odio a Dios lo que le impulsaba a cometer sacrilegios. Pretendía llevar hostias consagradas a lugares de profanación de París; y se burló de Yvonne al oír sus amonestaciones. Estaba, como ella misma sintió, poseído por un demonio. Con firmeza, la religiosa le exigió al profanador que le indicara el escondite de las hostias, a lo que él obedeció a regañadientes.

—Esto nunca me ha traído mala suerte —replicó él.

—Podría suceder en breve —le respondió Yvonne.

Tras tomar las formas, la monja agustina percibió que Jesús hablaba a través de ella y le ordenó:

—¡Póngase de rodillas y haga un acto de contrición!

Obligado por la gracia, el desgraciado se arrodilló, rezó... y rompió en sollozos. Jesús lo había vencido.

«Vengo desde Francia a buscarla»

En algunas ocasiones, incluso antes de entrar en el convento, Yvonne hizo

uso del don de la glosolalia —que consiste en la capacidad de hablar lenguas desconocidas— para salvar el sagrado cuerpo de Jesús.

Una noche, postrada en cama con fiebre alta, se vio transportada a una residencia de Alemania. Tocó el timbre y preguntó en alemán —idioma que ignoraba— por la dueña de la casa, sin saber aún cuál era la voluntad de Jesús con aquella visita. Las palabras le salieron de los labios en el momento preciso.⁶

—He venido a recoger la hostia que tiene usted en casa. Me lo ha dicho el propio Jesús, y vengo desde Francia a buscarla.

Para comprobar si realmente decía la verdad, la mujer le habló en francés. Yvonne respondió con naturalidad, dejándola boquiabierta de asombro. Tras recomponerse, le pidió a la joven mística que se marchara, pero ésta fue más rápida: avisada por el Señor de que la forma consagrada se encontraba en una vitrina, dentro de una pequeña caja, corrió a rescatarla.

Al darse cuenta de que había sido descubierta, la mujer se apresuró a coger la llave, pero ésta salió de la cerradura y fue a parar a las manos de Yvonne, quien recuperó la hostia y la apretó contra su pecho. Huyendo de los ataques de la profanadora, salió corriendo de la casa y se puso a andar por las calles, hasta que perdió el conocimiento y se encontró de nuevo en su cama, profundamente dormida.

Un sacerdote sacrílego

Además de esos conmovedores rescates, la Providencia también confió a Yvonne otras misiones, con el fin de beneficiar a ciertas almas.

Cuenta la Madre Madeleine, superiora del convento de Malestroit: «En la celda de sor Yvonne hemos asistido a la muerte de un desdichado sacerdote».⁷ Sin embargo, la bilocación presentaba una singularidad: la religiosa había sido transportada a París, junto al moribundo, y éste parecía estar en su cuerpo y hablar por la boca de ella. La Madre Madeleine



Reproducción

Para la defensa del Santísimo Sacramento, Yvonne recibiría numerosos dones sobrenaturales

Yvonne-Aimée de Jesús

ne, al ver así los gestos del sacerdote y escuchar sus palabras, pudo seguir lo que sucedía en la capital francesa.

Yvonne ya conocía a ese sacerdote, pues en otras ocasiones había rescatado hostias que el desgraciado consagraba en misas negras desde hacía nueve años. Para impedir el rescate, el sacrílego incluso había intentado matarla... No obstante, esta vez había sido enviada para evitar su condenación eterna.

Angustiado, el moribundo tartamudeaba: «Soy un criminal... He consagrado para profanar durante nueve años... ¡Oh, esas misas negras!... Para burlarme de los demás... ¡Cuántos sacrilegios!». Yvonne le inspiraba palabras de misericordia, pero él afirmaba odiar a Dios y se excusaba asegurando que no había ningún sacerdote cerca para oír su confesión, pues iba a morir en pocos minutos. La joven mística siguió intentando calmarlo, hablándole de la infinita clemencia de Dios, capaz de perdonar cualquier pecado mediante un sincero arrepentimiento



En ese instante, Yvonne y su confesor pudieron ver cómo la hostia sangrante se posaba en una rama de roble, y registraron el acontecimiento en una fotografía

Fotografías tomadas por Yvonne en el momento en que la hostia se posó sobre el roble, en las manos del P. Labutte y en el oratorio, a los pies de la Virgen

y propósito de enmienda. La lucha fue ardua, y parecía que el miserable sucumbiría a la tentación de la desesperación y de la impenitencia final cuando, en el último instante, logró balbucir: «¡Perdóname, Dios mío!». Acto seguido expiró.

Entonces Yvonne volvió en sí. Al cabo de unos minutos, tuvo un éxtasis y vio al sacerdote ardiendo en las llamas del Purgatorio.

«El Cielo ha visitado la tierra»

Uno de los hechos más impactantes que sucedieron en la vida de Yvonne tuvo lugar el 16 de septiembre de 1941.⁸ Se encontraba en La Brardière, en casa de unos familiares del P. Paul Labutte, su confesor, en compañía de éste. Ambos se entretuvieron tomando fotografías por el jardín y luego se separaron. De repente, la religiosa dejó escapar una exclamación de dolor.

El P. Labutte acudió de inmediato y la oyó decir: «¡Oh, están profanando la hostia, la están perforando con un punzón! ¡Oh, está sangrando!». Se trataba de un sacrilegio que se estaba perpetrando en París. Yvonne se dirigió en-

tonces a su ángel de la guarda, a quien llamaba *Lumen*, y le dijo: «Esa hostia la quiero... ¡Lumen, ve a buscar a Jesús!».

En ese instante, narra el P. Labutte, ambos vieron algo blanco que atravesaba la copa de un gran roble: era una hostia transportada por un rayo de luz, que descendía suavemente hacia un joven abeto. Corrieron y encontraron la hostia posada en una rama, un poco más abajo de la copa del árbol, al alcance de la mano. Era pequeña, como las que se distribuyen a los fieles, y estaba agujereada en el centro, de donde brotaba un poco de sangre. Tras unos minutos de silencio y adoración, Yvonne-Aimée fue en busca de su cámara y fotografió la hostia. Después la depositó sobre una hoja verde, que sostenía el P. Labutte a modo de corporal, sobre la cual la hostia permanecía de pie... Esto quedó registrado en una segunda fotografía.

Finalmente, la forma fue llevada a una cabaña rústica que servía de oratorio y colocada a los pies de una estatua de la Virgen.⁹ En algún momento, las velas que rodeaban la imagen se encendieron sin intervención humana. Poco

después, Yvonne y el P. Labutte vieron cómo aparecía, letra por letra, sobre la puerta de la cabaña, una misteriosa inscripción: «El Cielo ha visitado la tierra», que también fue fotografiado.

¡Paguemos amor con amor!

La vida de Yvonne-Aimée, marcada por innumerables fenómenos místicos y especialmente dedicada al Santísimo Sacramento, está repleta de otros episodios bellísimos que no cabrían en la brevedad de este artículo.

Los pocos hechos que acabamos de meditar, sin embargo, nos muestran claramente la inmensidad del amor de Nuestro Señor Jesucristo por nosotros. Ni siquiera el conocimiento de los horrores que se cometerían a lo largo de la historia contra el Sacramento del Altar fue capaz de disuadirlo de su determinación de permanecer con nosotros hasta el fin del mundo, en las sagradas especies.

Paguemos, pues, amor con amor. Que nuestra gratitud sin límites y nuestro amor ardiente reparen frialdades, indiferencias y ultrajes cometidos contra el Santísimo Sacramento. ✠

¹ Cf. LAURENTIN, René; MAHÉO, Patrick. *Bilocations de Mère Yvonne-Aimée. Étude critique en référence à ses missions*. 2.^a ed. Paris: François-Xavier de Guibert, 2010, p. 9.

² *Idem*, p. 14.

³ Cf. LABUTTE, Paul. *Yvonne-Aimée. «Ma mère selon l'Esprit»*. 2.^a ed. Paris: François-Xavier de Guibert, 1997, pp. 204-205.

⁴ LAURENTIN, René. *Biographie d'Yvonne-Aimée de Malestroit*

(1901-1951). 3.^a ed. Paris: François-Xavier de Guibert, 2010, t. II, p. 141.

⁵ *Idem*.

⁶ Cf. LAURENTIN; MAHÉO, *op. cit.*, pp. 15-16.

⁷ *Idem*, p. 25.

⁸ Cf. LABUTTE, *op. cit.*, pp. 538-540.

⁹ Se trataba de una réplica contemporánea de la Virgen de la Sonrisa, de Santa Teresa del Niño Jesús.



¿Cómo honrar la Sagrada Eucaristía?

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

§ 1387 Para prepararse convenientemente a recibir este sacramento, los fieles deben observar el ayuno prescrito por la Iglesia. Por la actitud corporal (gestos, vestido) se manifiesta el respeto, la solemnidad, el gozo de ese momento en que Cristo se hace nuestro huésped.

Este párrafo del catecismo nos exhorta a prepararnos adecuadamente para recibir la Sagrada Eucaristía, destacando tres aspectos importantes.

En primer lugar, como recuerda Pío XII en la constitución apostólica *Christus Dominus*, desde el siglo IV era costumbre distribuir la sagrada comunión a los fieles en ayunas. Los concilios de Hipona, de 393, y el III Concilio de Cartago, de 397, ya estipulaban que era necesario abstenerse de todo alimento durante un cierto tiempo antes de la celebración eucarística.

Debido a los cambios en la sociedad contemporánea, en 1953 el mismo Papa redujo el tiempo de ayuno tradicional para recibir la Eucaristía, que comenzaba a medianoche, a tres horas en determinadas circunstancias. Posteriormente, en 1964, Pablo VI¹ estableció la regla de una hora de ayuno como preparación para recibir la sagrada comunión, con la excepción del consumo de agua y medicamentos, como se mantiene hasta hoy.² Los sacerdotes que celebran dos o tres misas en un mismo día pueden tomar algo de alimento entre ellas; los ancianos, los enfermos y sus cuidadores están dispensados del ayuno.³

Tales mitigaciones tenían por objeto facilitar la participación de los fieles en el sagrado banquete, especialmente en las misas vespertinas. De este modo, se mantuvo inalterable el carácter didá-



Thiago Tarrura

A semejanza de María, debemos acercarnos a la comunión con amor, piedad y devoción

Comunión durante la santa misa en la capilla de Nuestra Señora del Pilar, Ubatuba (Brasil)

tico de la praxis. En efecto, se trata de una disposición disciplinaria que busca preparar el cuerpo y la mente para la recepción del Pan de los ángeles.

En segundo lugar, el artículo señala una cierta «actitud corporal», para indicar que los fieles deben presentarse y comportarse durante los ritos eucarísticos de acuerdo con la magnificencia del acto. La vestimenta decorosa y recatada, el silencio sagrado y las genuflexiones no son gestos vanos ni prácticas inútiles impuestas arbitrariamente por la Iglesia. Al contrario, son expresiones de piedad, reverencia y alabanza que predisponen a los fieles a una participación activa en el Sacramento del Altar.⁴

En efecto, Santo Tomás de Aquino⁵ observa que el culto de *latría* exige actos externos. A través de estas expresiones, damos gracias a Cristo sacramentado y reconocemos que Él, al ofrecerse en las sagradas especies, nos manifiesta un amor infinito.

La expresión «Cristo se hace nuestro huésped» pone de manifiesto el vínculo de divina intimidad establecido con nuestro Redentor. Ahora bien, para que ese «hospedaje» en el templo de nuestras almas produzca verdadera alegría espiritual, es necesario que estemos en amistad con Dios, es decir, libres de todo pecado mortal, como exhorta vehementemente San Pablo (cf. 1 Cor 11, 27-29).

Rogemos, pues, a María Santísima, en cuyo seno se formó el propio cuerpo y sangre de Cristo, que nos obtenga siempre la gracia de recibir a su dilectísimo Hijo en la Eucaristía con las mismas disposiciones de amor, piedad y devoción de su Inmaculado Corazón. ✠

¹ Cf. SAN PABLO VI. *Tempus eucharistici ieiunii servandi reducitur*: AAS 57 (1965), 186.

² Cf. CIC, can. 919 § 1.

³ Cf. *Idem*, § 2-3.

⁴ Cf. CONCILIO VATICANO II. *Sacrossantum concilium*, n.º 30.

⁵ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. II-II, q. 81, a. 7.



«Otros Cristos»

No hay Eucaristía sin sacerdocio, ni verdadero sacerdocio sin Eucaristía, pues no hay sacrificio sin alguien que pueda ofrecerlo, ni oferente sin víctima inmolada.



✠ P. Carlos Javier Werner Benjumea, EP

La Sagrada Escritura presenta a Jesucristo como el Sumo Sacerdote de la Nueva y Eterna Alianza, establecida por Dios mediante su preciosísima sangre derramada en la cruz. La Epístola a los Hebreos lo dice categóricamente; el Apocalipsis lo representa en lenguaje profético, sirviéndose de figuras simbólicas; otros escritos del Nuevo Testamento lo manifiestan al relatar los hechos más destacados de la vida de Nuestro Señor, sobre todo cuando narra su «Hora» o su «Pascua», es decir, su paso de este mundo al Padre.

Sacerdote perfecto y Víctima inmaculada

La carta a los hebreos afirma que Cristo es «Sumo Sacerdote misericordioso y fiel» (Heb 2, 17), que expía los pecados del mundo. Al comparar su sacerdocio con el del Antiguo Testamento, declara que Él «ha atravesado el Cielo» (Heb 4, 14), donde permanece por poseer un sacerdocio eterno, capaz, por tanto, de salvar definitivamente a los que se acercan a Dios por medio de Él, pues vive siempre para interceder por ellos (cf. Heb 7, 24-25).

Jesús es, en resumen, el Sumo Sacerdote «santo, inocente, sin mancha, separado de los pecadores y encumbrado sobre el Cielo. Él no necesita ofrecer sacrificios cada día como los sumos sacerdotes [de la antigua ley], [...] porque lo hizo de una vez para siempre, ofreciéndose a sí mismo» (Heb 7, 26-27).

Por consiguiente, los cristianos gozan del favor de un Sumo Sacerdote «que está sentado a la derecha del trono de la Majestad en los Cielos, y es ministro del Santuario y de la Tienda verdadera, construida por el Señor y no por un hombre» (Heb 8, 1-2). En ella, no presenta la sangre de machos cabríos y de toros, sino su propia sangre, cuyo poder santificador es incalculable (cf. Heb 9, 13-14).

De ahí se concluye que Nuestro Señor llevó a la perfección su sacerdocio, ofreciendo un sacrificio de valor infinito al entregarse a la muerte, y una muerte de cruz (cf. Flp 2, 8). ¡Él mismo fue la Víctima de su sacerdocio! El oficio sacerdotal alcanzó así una culminación insuperable, pues no puede existir un sacerdote más santo, ni una víctima más agradable, ni tampoco sacrificio más eficaz.

De este nuevo sacerdocio, sublime y eterno, quiso Cristo, en su inefable benignidad, que participaran algunos de sus discípulos escogidos para ser sus ministros, de generación en generación, hasta la consumación de los siglos. Ahora bien, ¿en qué consiste esa participación?

En la última cena, el Sumo Sacerdote eterno hizo la ofrenda de sí mismo de manera sacramental, instituyendo la forma litúrgica de su sacrificio y de su presencia: la Sagrada Eucaristía

«La Última Cena» - Ayacucho (Perú)



Reproducción

La liturgia del Calvario

Los antiguos sacerdotes realizaban sacrificios rituales, símbolos del futuro sacrificio del Redentor, representado sobre todo por el cordero inmolado con ocasión de la Pascua judía. Nuestro Señor, de manera muy distinta, quiso ofrecerse a sí mismo, elevado en el madero de la cruz sobre el monte llamado Gólgota, en las afueras de la ciudad de Jerusalén.

Fue un sacrificio cruento y real, atestiguado aún hoy por los vestigios de la Sábana Santa de Turín, que registra innegablemente las heridas de los clavos, las llagas de la flagelación y las marcas de la coronación de espinas. Además, Jesús no descuidó el aspecto ritual y quiso que su sacrificio constituyera una liturgia sagrada.

En la última cena, anticipando su martirio, el Sumo Sacerdote eterno hizo la ofrenda de sí mismo de manera sacramental, transubstanciando el pan en su carne y el vino en su sangre. Instituyó así la forma litúrgica de su sacrificio y de su presencia: la Sagrada Eucaristía.

¡Imposible concebir un don más grande! Es algo tan admirable que resulta difícil asimilarlo. Nos legó su sacrificio con tanta propiedad que el sacerdote reza en cada misa: «Orad, hermanos, para que este sacrificio mío y vuestro...». Sí, la oblación de Jesús en la cruz es «nuestra».

¿Qué más se puede desear o imaginar?

Al mismo tiempo, nos dejó su presencia real y sustancial, otro don de valor infinito. La promesa de su permanencia entre los hombres hasta el fin de los tiempos se cumple en cada sagrario. ¡Allí está Jesús! ¡Allí está su sacratísimo Corazón palpitando de amor por cada hombre!

Origen del sacerdocio católico

Junto con la Sagrada Eucaristía, fue instituido el sacerdocio de la Nueva Alianza: «Haced esto en memoria mía» (Lc 22, 19). Nuestro Señor quiso dejarnos su cuerpo y su sangre como sacrificio, como alimento y como presencia, y para ello hizo partícipes de

preciosa como oblación de agradable olor al Padre y sacrificio de comunión por los fieles que lo reciben como alimento y bebida espirituales.

Se puede afirmar, por tanto, con seguridad, que no hay Eucaristía sin sacerdocio ni verdadero sacerdocio sin Eucaristía, ya que no hay sacrificio sin alguien que pueda ofrecerlo, ni oferente sin víctima inmolada.

Por esta razón, San Juan Pablo II, en la carta apostólica *Dominicæ Cenæ*, recuerda a los sacerdotes: el sacerdocio ministerial o jerárquico [...] [está] en relación muy estrecha con la Eucaristía. Esta es la principal y central razón de ser del sacramento del sacerdocio, nacido efectivamente en el momento de la institución de la Eucaristía y a la vez que ella. [...] Mediante nuestra ordenación —cuya celebración está vinculada a la santa misa desde el primer testimonio litúrgico— nosotros estamos unidos de manera singular y excepcional a la Eucaristía. Somos, en cierto sentido, “por ella” y “para ella”. Somos, de modo particular, responsables “de ella”, tanto cada sacerdote en su propia comunidad como cada obispo en virtud del cuidado que debe a todas las comunidades que le son encomendadas».¹

Así pues, cada sacerdote recibe el inmenso don de actuar en la persona de Cristo, haciendo las veces de Él y participando de su poder, con el fin de renovar su único sacrificio en beneficio de toda la Iglesia. Fruto de esta renovación es Cristo verdaderamente presente en la Eucaristía, adorado por los cristianos en los sagrarios de todo el mundo.



Leandro Souza

El sacerdote recibe el inmenso don de actuar en la persona de Cristo, haciendo las veces de Él y participando de su poder, con el fin de renovar su único sacrificio en beneficio de toda la Iglesia

Celebración eucarística en la basílica de Nuestra Señora del Rosario, Caieiras (Brasil)

su sacerdocio a algunos de sus discípulos, a quienes encargó celebrar de manera sacramental la sagrada liturgia de la cruz.

Así nació el sacerdocio católico, revestido del poder de renovar sobre los altares, mediante la celebración de la santa misa, el holocausto de Cristo, ofreciendo el pan divino y la sangre

Llamados a la plena identificación con Cristo

El sacerdocio es una vocación excelsa, concedida gratuitamente, no en virtud de los méritos o las capacidades humanas, sino de la misericordiosa elección de Dios. Cada sacerdote es fruto de la voluntad del Padre, a quien los fieles imploran que envíe nuevos obreros a su viña (cf. Mt 20,1-16).

Conviene tener esto seriamente en cuenta, tanto por parte de los fieles —que deben ver en el sacerdote ese llamamiento y respetarlo con veneración—, como por parte de los propios sacerdotes, a quienes corresponde ante todo estar imbuidos de su vocación, dejándose transformar interiormente por lo que ésta significa, a saber, la predilección de Dios y la responsabilidad tan alta de la que tendrán que rendir cuentas ante Él y ante la Iglesia.

Por eso se le exige al sacerdote ordenado una santidad extraordinaria, a la altura del don que ha recibido, como enseña Pío XI: «El sacrificio eucarístico, en el que se inmola la Víctima inmaculada que quita los pecados del mundo, muy particularmente requiere en el sacerdote vida santa y sin mancha, con que se haga lo menos indigno posible ante el Señor, a quien cada día ofrece aquella Víctima adorable, no otra que el Verbo mismo de Dios hecho hombre por amor nuestro. “Advertid lo que hacéis, imitad lo que traéis entre manos”, dice la Iglesia por boca del obispo a los diáconos, cuando van a ser ordenados sacerdotes».²

El mismo pontífice concluye que, por el hecho de ser un instrumento de nuestro Redentor, el sacerdote está llamado a una plena identificación con

Cristo; afirma incluso que debe ser «otro Cristo».³

También San Pío X, al recomendar a los sacerdotes la práctica de la meditación diaria para perseverar en el casto amor al Señor y progresar en el camino de la santificación, señala como tema



Reproducción

Los ministros ordenados deben, por tanto, unirse sus corazones a María Santísima, a fin de que, gracias a su infalible intercesión, sean un solo sacerdote y una sola víctima con Jesús

Nuestra Señora del Santísimo Sacramento - Iglesia de los Santos Claudio y Andrés de los Borgoñones, Roma

primordial que los presbíteros han de considerar el de tener siempre presente, día y noche, la singular gracia de la vocación sacerdotal, llamado a ser «otro Cristo».⁴

Recientemente, el papa León XIV recordó ese mismo principio, dirigiéndose al clero de Madrid: «[Los sacerdotes son] varones configurados con Cristo, capaces de sostener su ministerio desde una relación viva con Él, nutrida por la Eucaristía y expresada

en una caridad pastoral marcada por el don sincero de sí. No se trata de inventar modelos nuevos ni de redefinir la identidad que hemos recibido, sino de volver a proponer, con renovada intensidad, el sacerdocio en su núcleo más auténtico —ser *alter Christus*—, dejando que sea Él quien configure nuestra vida, unifique nuestro corazón y dé forma a un ministerio vivido desde la intimidad con Dios, la entrega fiel a la Iglesia y el servicio concreto a las personas que nos han sido confiadas».⁵

¿Qué se le exige al sacerdote?

Llamado a ser *alter Christus*, le compete al sacerdote imitar el ejemplo y las virtudes del Señor Jesús, sobre todo en las disposiciones interiores al celebrar la santa misa, según enseña San Pío X: «Como ministros suyos en el augusto sacrificio que, con perpetuo prodigio, se renueva para la vida del mundo, nos hemos de poner en la misma disposición de alma con que Él se ofreció a Dios cual hostia inmaculada en el altar de la cruz. Si antiguamente, cuando no había más que símbolos y figuras del verdadero sacrificio, se requería santidad tan grande en los sacerdotes, ¿cuánto más justo no habrá de exigirse a nosotros ahora que la víctima es Cristo?».⁶

He aquí la gran responsabilidad del clero: por medio de una vida espiritual seria, intensa y vigilante, esforzarse por hacer que crezca la gracia sacramental recibida el día de la ordenación. Esa gracia invita y, al mismo tiempo, favorece la recepción de continuos auxilios sobrenaturales para que el sacerdote imite la caridad que inflamó el divino Corazón de Cristo,

HOMBRE DE ORACIÓN Y DE AUTÉNTICA PASIÓN POR LA EUCARISTÍA

Si un elemento esencial de la obra evangelizadora de la Iglesia consiste en enseñar a los hombres a rezar al Padre por Cristo en el Espíritu Santo, la nueva evangelización implica la recuperación y reafirmación de prácticas pastorales que manifiesten la fe en la presencia real del Señor bajo las especies eucarísticas. «El presbítero tiene la misión de promover el culto de la presencia eucarística, aún fuera de la celebración de la misa, empeñándose por hacer de su iglesia una “casa de oración” cristiana» (San Juan Pablo II. Audiencia general, 12/5/1993).

Es necesario, ante todo, que los fieles conozcan con profundidad las condiciones imprescindibles para recibir con fruto la comunión. De igual modo, es importante favorecer en ellos la devoción hacia Cristo, que les espera amorosamente en el sagrario. Un modo sencillo y eficaz de catequesis eucarística es

el cuidado material de todo cuanto atañe al templo y, sobre todo, al altar y al tabernáculo: limpieza y decoro, dignidad de los ornamentos y de los vasos sagrados, esmero en la celebración de las ceremonias litúrgicas, la práctica de la genuflexión, etc.

Es además particularmente importante asegurar que en la capilla del Santísimo, como es tradición multisecular en la Iglesia, haya un ambiente de recogimiento, cuidando ese sagrado silencio que facilita el coloquio amoroso con el Señor. Dicha capilla, o en su caso el lugar destinado a conservar y adorar a Cristo Sacramentado, constituye ciertamente el corazón de nuestros edificios sagrados, y como tal se ha de procurar facilitar su acceso.

Es evidente que todas estas manifestaciones —que no son formas de un vago «espiritualismo», sino que revelan una devoción teológicamente fundada— sólo serán po-

sibles si el sacerdote es verdaderamente un hombre de oración y de auténtica pasión por la Eucaristía.

Solamente el pastor que reza sabrá enseñar a rezar, y al mismo tiempo atraerá la gracia de Dios sobre aquellos que dependen de su ministerio pastoral, favoreciendo así las conversiones, los propósitos de vida más fervorosa, las vocaciones sacerdotales y de almas consagradas. En definitiva, sólo el sacerdote que experimenta a diario la *conversatio in coelis*, que convierte en vida de su vida la amistad con Cristo, estará en condiciones de imprimir un verdadero impulso a una evangelización auténtica y renovada. ✠

CONGREGACIÓN PARA EL CLERO.

El presbítero, maestro de la palabra, ministro de los sacramentos y guía de la comunidad, ante el tercer milenio cristiano, c. III, n.º 2.

Sacerdote y Víctima, entregado al martirio sacrosanto del Calvario, por amor al Padre y a los hombres.

Para obtener tal gracia, los sacerdotes deben fijar sus ojos en el ejemplo de la Santísima Virgen María, cuya singular, máxima y eficaz participación en el sacerdocio de Cristo ha sido ensalzada por el magisterio pontificio. Como

enseña Pío XII, Ella fue «la que —libre de toda mancha personal y original, unida siempre estrechísimamente con su Hijo— lo ofreció como nueva Eva al Eterno Padre en el Gólgota, juntamente con el holocausto de sus derechos maternos y de su materno amor, por todos los hijos de Adán manchados con su deplorable pecado».⁷

Los ministros ordenados deben, por tanto, unir sus corazones a María Santísima, a fin de que, gracias a su infalible intercesión, sean un solo sacerdote y una sola víctima con Jesús, y puedan finalmente exclamar con San Pablo: «Estoy crucificado con Cristo; vivo, pero no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí» (Gál 2, 19-20). ✠

¹ SAN JUAN PABLO II. *Dominicæ Cenæ*, n.º 2.

³ *Idem*, n.º 30.

⁵ LEÓN XIV. *Carta al presbiterio de la Archidiócesis de Madrid*, 28/1/2026.

⁷ Pío XII. *Mystici Corporis Christi*, n.º 106.

² Pío XI. *Ad catholicos sacerdotes*, n.º 28.

⁴ SAN PÍO X. *Hærent animo*, n.º 21.

⁶ SAN PÍO X, *op. cit.*, n.º 4.

«*Digitus Dei hic est*»

El día 11 de abril, treinta y un acólitos de la Sociedad Clerical de Vida Apostólica de Derecho Pontificio Virgo Flos Carmeli fueron ordenados diáconos por Mons. Fernando José Monteiro Guimarães, CSsR, arzobispo emérito del Ordinariato Militar de Brasil, durante una solemne eucaristía celebrada en la basílica de Nuestra Señora del Rosario, de Caieiras (Brasil).

En la homilía, Mons. Guimarães recordó: «Hace más de veinte años, el 15 de junio de 2005, en la basílica del Carmen de São Paulo, se ordenaron los primeros sacerdotes de los Heraldos del Evangelio, entre ellos el recordado fundador, Mons. João Clá, de venerada memoria. [...] Fue el comienzo de una serie ininterrumpida, a lo largo de los años, de ordenaciones diaconales y sacerdotales, con las que la Divina Providen-

cia enriquecía a la familia de los Heraldos del Evangelio, haciendo posible una fervorosa y auténtica nueva evangelización, no sólo en Brasil, sino también en muchos países del mundo».

Subrayando el carácter providencial de la ordenación de los nuevos ministros, añadió: «Fidelidad a lo que la Iglesia proponía como ideal para la formación sacerdotal, extremo cuidado en la formación intelectual y teológica de sus seminaristas, sólida vivencia espiritual y vivo celo apostólico de los futuros diáconos y sacerdotes han sido, durante los años siguientes, el compromiso de la Sociedad Clerical Virgo Flos Carmeli, ofreciendo a la Iglesia sucesivas promociones de diáconos y sacerdotes según el Corazón de Cristo. *Digitus Dei hic est*» —el dedo de Dios está aquí.



Sergio Céspedes



Stephen Nami

Súplica por los candidatos – Tras la homilía, los ordenandos hicieron público su compromiso de asumir el celibato y prometieron obediencia al obispo diocesano y a su superior religioso. Mientras permanecían prostrados en el suelo, toda la asamblea cantó la letanía de los santos, implorando para ellos la ayuda del Cielo.



Leandro Souza



Stephen Nami



Sergio Céspedes

«Envía sobre ellos, Señor, el Espíritu Santo» – Mediante la imposición de manos y la oración de ordenación, Mons. Guimarães confirió el primer grado del sacramento del orden a los treinta y un elegidos para el diaconado. En esta oración, el obispo ordenante suplica al divino Paráclito que los fortalezca con los siete dones de su gracia.



Fotos: Stephen Nami

Vestidura y entrega del libro de los santos evangelios – Los nuevos diáconos fueron revestidos, por sus hermanos sacerdotes, con la estola sobre el hombro izquierdo y la dalmática, paramentos que representan el carácter de ministros sagrados. Ya con las vestiduras diaconales, cada uno recibió de manos del arzobispo ordenante el libro de los santos evangelios, símbolo del deber de ser valientes heraldos de la Palabra de Dios.



Leandro Souza

Fotos: Stephen Nami

Admitidos en el orden clerical, para servir – El rito de ordenación concluyó con el abrazo de la paz, dado a los neo diáconos por el arzobispo ordenante y los demás diáconos presentes en la ceremonia. La santa misa continuó con gran solemnidad, con los recién ordenados ya sirviendo en el altar.



Stephen Nami



David Ayusso

Configurados con Cristo

La Santa Iglesia se alegró el 12 de abril con la ordenación de veintiséis presbíteros de la Sociedad Clerical de Vida Apostólica de Derecho Pontificio Virgo Flos Carmeli, en la basílica de Nuestra Señora del Rosario, de Caieiras (Brasil).

La solemne eucaristía, concelebrada por noventa y dos sacerdotes, fue presidida por el cardenal Raymundo Damasceno Assis, arzobispo emérito de Aparecida, y contó con la presencia de varias autoridades eclesíásticas y civiles, entre ellas: el gobernador del Estado de São Paulo, Tarcísio Gomes de Freitas; el alcalde de la ciudad de São Paulo, Ricardo

Nunes; el presidente de la FAESP/SENAR, Tirso de Sales Meirelles; el presidente de la Asamblea Legislativa del Estado de São Paulo, André do Prado; los diputados Antonio Assunção de Olim, Gil Diniz, Lucas Bove y Thiago Aurichio; así como José Renato Nalini, en representación del presidente del Tribunal de Justicia de São Paulo, Francisco Eduardo Loureiro, junto con varios magistrados del mismo tribunal; el magistrado Paulo Adib Casseb, del Tribunal de Justicia Militar del Estado de São Paulo; y la secretaria municipal de Relaciones Internacionales de São Paulo, Ângela Gandra, en representación de Ives Gandra Martins.



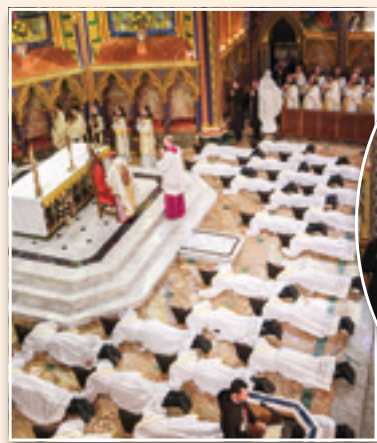
Fotos: Leandro Souza



Homilía – Dirigiéndose a los ordenandos, Mons. Damasceno destacó: «Hoy no recibiréis simplemente una función en la Iglesia, larga y pacientemente esperada, sino que, al ser configurados a Cristo Sacerdote, seréis incorporados a la propia misión de Cristo. [...] El sacerdocio es el amor del Corazón de Jesús».



Archivo Revista



Leandro Souza

Sacerdotes de Cristo para siempre – Postrados, los candidatos imploraron la ayuda celestial durante la letanía de los santos. A continuación, recibieron el segundo grado del sacramento del orden mediante la imposición de las manos del cardenal arzobispo —acto que repitieron los sacerdotes presentes— y la oración de ordenación.

Archivo Revista



Fotos: Leandro Souza

Ordenación para el santo sacrificio – Los nuevos sacerdotes fueron revestidos con los paramentos sacerdotales —la estola alrededor del cuello y la casulla. A seguir, presentaron sus manos para ser ungidas con el santo crisma. Por último, recibieron la patena con el pan y el cáliz con el vino para el sacrificio eucarístico.

David Ayusso



Leandro Souza

«Alter Christus» – Configurados con Cristo, los neo sacerdotes estarán capacitados no sólo para administrar los sacramentos, sino también, a ejemplo del divino Pastor, para guiar a las ovejas hacia una profunda unión con Dios. Al finalizar, fueron felicitados por las autoridades presentes.

Ministerio sacerdotal al

Fotos: Renan Rodrigues



1



2



3

Instagram.com/sacsantaclara

En el corazón de Ciudad Estructural, Brasil – Intensas son las actividades en la parroquia de Jesús Buen Pastor, situada en una de las zonas más desfavorecidas del Distrito Federal. Además de las celebraciones y los programas sociales que se desarrollan en la sede parroquial, el P. Lourenço Ferronato, EP, también se dedica a visitar a los enfermos (foto 1), bendecir los hogares (foto 2) y a dar asistencia espiritual a la Asociación Cristiana de Santa Clara —de la que es presidente—, dedicada a la protección de niños y familias en situación de vulnerabilidad (foto 3).

Yuner Macuácuá



1



2

Ademir da Luz



3

Renan Rodrigues



4

Yuner Macuácuá

Ademir da Luz



5



6

Arquivo Revista



7

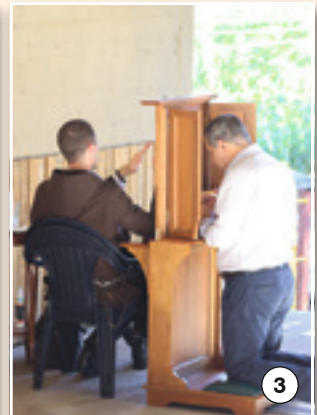
Lucilia Maria Matos

Consuelo y esperanza para los que sufren – Los sacerdotes heraldos prestan especial atención a quienes están más unidos a Jesús por sus sufrimientos. En las fotos, unción de los enfermos y distribución de la comunión a los enfermos en Matola, Mozambique (fotos 1 y 4); administración del mismo sacramento en un hospital de São Paulo (foto 5); bendición a los enfermos en Tutupali, Ecuador (foto 3), y en un hospital de Cotia, Brasil (foto 6); asistencia a los ancianos en la residencia Solar dos Anjos, de São Paulo (foto 2); y exequias en la capilla del Sagrado Corazón de Jesús en Mairiporã, Brasil (foto 7).



servicio de la Iglesia

Fotos: Karolime Kaufmann



María José Feliz

Karolime Kaufmann



Archivo Revista

Administración de los sacramentos – La facilidad de acceso a los sacramentos distingue a la parroquia de Nuestra Señora de las Gracias, confiada a los Heraldos del Evangelio, lo que convierte a sus diversas comunidades en un referente en la región de la Sierra de la Cantareira, Brasil. Arriba, primera comunión de un adulto (foto 1) y de niños (foto 2) en la iglesia matriz de San Judas Tadeo; celebración del matrimonio en el mismo templo (foto 4); confesión en la capilla de Santa Inés (foto 3); y bautismo en la basílica de Nuestra Señora del Rosario (foto 5) y en la capilla de la Sagrada Familia (foto 6).

Archivo Revista



Paulo

Junto a los fieles – Como madre solícita, la Santa Iglesia, a través de sus ministros, se hace cercana a cada uno de los fieles. Arriba, bendición de un hogar en Fortaleza, Brasil (foto 1); saludo a los parroquianos después de la santa misa en la capilla de Santa Inés (foto 2) y en la Capilla de Nuestra Señora de Lourdes (foto 3), ambas en Mairiporã, Brasil.



Francisco Lecaros



Abrazados a María

¡Cuánta gratitud profesará el sacerdote a la Santísima Virgen, de quien todo lo recibe! ¿Cómo corresponder a aquella que considera a los sacerdotes sus hijos de predilección, por ver en ellos la imagen de su divino Hijo?



✠ P. Santiago Ignacio Morazzani Arráiz, EP

«**¡A** légrense los sacerdotes en la Virgen bendita!»,¹ exclamaba San Efrén, el cantor de María.

Para el sacerdote verdaderamente devoto de Ella, Nuestra Señora es la fuente inagotable de todas las alegrías. Y la ocasión por excelencia en la que puede convivir con su Madre es la santa misa, momento culminante del día y de la vida del presbítero. *Convivir*, he aquí el término adecuado, pues es sobre todo en la eucaristía donde la encontrará, y es en el transcurso de la celebración que le manifestará su amor filial, confiándole sus intenciones y abriéndole los secretos de su corazón.

María junto a los altares

¿Puede el celebrante estar plenamente seguro de que la Santísima Virgen se halla espiritualmente a su lado? Sin la menor duda. Pues, habiendo permanecido junto a la cruz hasta el final de la agonía de su divino Hijo, de la misma manera acompaña la renovación de su sacrificio en cada eucaristía, y así lo hará hasta el fin de los tiempos, como lo demuestran numerosos autores, entre los que destacamos al papa Juan Pablo II: «María está presente en el memorial —la acción litúrgica— porque estuvo presente en el aconte-

cimiento salvífico. [...] Está en todo altar, donde se celebra el memorial de la pasión-resurrección, porque estuvo presente, adhiriéndose con todo su ser al designio del Padre, al hecho histórico-salvífico de la muerte de Cristo».²

Nuestra Madre y Señora, llamada «Reina del clero»,³ es la primera asistente en todas las misas, y de su presencia el sacerdote tanto más se beneficiará cuanto más se dirija a Ella. En primer lugar, porque «le debemos la eucaristía a la Santísima Virgen y porque, al instituir la, el Señor pensó primero en Ella»,⁴ como escribió cierto discípulo de San Luis María Grignon de Montfort. Y no es casualidad que se la recuerde y honre *in primis* en la Plegaria Eucarística I, el Canon Romano: «Veneramos la memoria, ante todo, de la gloriosa siempre Virgen María, Madre de Jesucristo, nuestro Dios y Señor».

Corazón sacerdotal

Además, como enseña San Juan Eudes, existe una admirable semejanza entre el altar de la celebración y el Corazón de María: «En ese altar Ella ofreció a la divina Majestad el mismo sacrificio que su Hijo Jesús le ofreció en el Calvario. Este adorable Salvador se sacrificó una vez a su Padre, en el altar de la cruz; pero su Santa Madre

lo inmoló diez mil veces en el altar de su Corazón, y este mismo Corazón fue como el sacerdote que lo inmoló, y se inmoló también con él».⁵

He aquí otro punto de unión entre la Santísima Virgen y el sacerdote: aunque no haya recibido el sacerdocio ministerial, su dignidad «como Madre de Dios es incomparablemente superior a la del sacerdote»⁶ y, asociada por su divino Hijo a la obra de la Redención, «fue una supersacerdote, en cuanto que cooperó intrínsecamente con el mismo Cristo en el sacrificio redentor de la humanidad»,⁷ según explica el eminente teólogo dominico fray Antonio Royo Marín.

Refugio de nuestra flaqueza

Al considerar su propia pequeñez e indignidad ante el adorable misterio del cual es ministro y mediador, el presbítero eleva su mirada a la Madre de misericordia y en Ella encuentra refugio, como escribió bellamente un conocido mariólogo: «Cuando contempla entre sus manos a ese Cristo en cuyo nombre habla y actúa, cuando se ve, como simple criatura, ante ese Dios en cuyo lugar se ha puesto por un instante, [...] buscará su modelo más allá. Criatura rebosante de alegría ante el Dios de amor tan cercano, desconcertada por una participación tan íntima en un misterio que

la supera, recurrirá a la humilde Madre del Verbo encarnado. En la oscuridad de la fe, mirará la Estrella del mar».⁸

Y el sacerdote será plenamente consciente de que, si bien la transustanciación se obra por sus palabras, es de María de quien recibe el don inefable de la comunión eucarística, así como la humanidad recibió a Jesucristo por medio de Ella.

Siguiendo los términos del citado escritor montfortiano, aplicará a la Madre de Dios las palabras del Libro de los Proverbios (cf. Prov 9, 5), cantadas en el responsorio eucarístico *Homo quidam*, atribuido al rey de Francia Roberto II el Piadoso (972-1031): *Venite, comedite panem meum, et bibite vinum quod miscui vobis* — Venid a comer de mi pan, a beber el vino que he mezclado. De esta forma, «la Virgen nos invita y tiene derecho a invitarnos, porque este pan es su pan: “*panem meum*”, el que Ella nos ha preparado por la encarnación; este pan es Jesús, quien en el altar, al igual que en la cruz, es su Hijo. Y este vino que Ella nos ha preparado es el vino puro de la divinidad, demasiado fuerte para nuestra flaqueza. María lo ha templado por la humanidad».⁹

¿Cómo agradecer a María?

¡Cuánta gratitud profesará el sacerdote a la Santísima Virgen, de quien todo lo recibe! ¿Cómo corresponder a aquella que considera a los sacerdotes sus hijos de predilección, por ver en ellos la imagen de su divino Hijo? Se podría afirmar

que tal agradecimiento no sólo es difícil de concebir, sino absolutamente imposible, debido a la incalculable distancia que separa a cualquier criatura humana —incluidos aquellos elevados a la honra del sacerdocio— de la sublime dignidad de la Madre de Dios.

Recuérdese, sin embargo, que para una verdadera madre el amor sincero de un hijo es inestimable, y ella lo recibe en el júbilo de su alma, aunque ese

depositar allí la ofrenda de una ardiente gratitud.

Y hay más: dado que el sacerdote tiene el poder de aplicar, según sus intenciones, los méritos de Nuestro Señor en cada misa celebrada, podrá ofrecerlos a las manos maternas de la Santísima Virgen. Es lo que un ferviente mariólogo llama «enriquecer a María», a ejemplo de San Juan Evangelista, explicando que así le rendimos a Ella un agradecimiento digno de su grandeza, pues se la honra con homenajes de valor infinito:

«El discípulo amado hizo partícipe a su Madre de todos sus bienes, es decir, le ofreció la eucaristía y el sacrificio. Ciertamente, ya no podemos procurarle a María la presencia sacramental de Jesús, puesto que ahora disfruta en los Cielos de la faz gloriosa de su Hijo; pero podemos depositar en sus manos los frutos del sacrificio de aplicación que celebramos en el altar, y enriquecerla así con medios cada vez mayores de servir en la tierra a los intereses sagrados de su Dios».¹⁰

Hijos llenos de amor por nuestra Madre Inmaculada, sacerdotes consagrados a María por toda la eternidad, a Ella le imploramos:

Nunca os apartéis de nuestro altar, Señora. Acompañadnos desde ahora hasta la última misa de nuestra vida, inspirad nuestras intenciones, purificad nuestro corazón. No queremos solamente celebrar en vuestra presencia, sino también, arrebatados de amor, desde el principio hasta el final de la eucaristía, permanecer abrazados a vos. ✠



¿Cómo corresponder a aquella que considera a los sacerdotes sus hijos de predilección?

Misa en la Casa Lumen Prophetæ, Franco da Rocha (Brasil). En la página anterior, «La Virgen con el Niño» - Museo Cristiano, Esztergom (Hungría)

hijo esté cargado de culpas y miserias. Por lo tanto, el cariño filial del sacerdote tiene de suyo la virtud de abrir las puertas del Corazón Inmaculado y

¹ SAN EFRÉN. «Hymni de Beata Maria», I. In: *Hymni et sermones*. Mechliniæ: H. Dessain, 1886, t. II, p. 522.

² SAN JUAN PABLO II. *Ángelus*, 12/2/1984.

³ Expresión usada por M. Olier, fundador de la Compañía de Sacerdotes de San Sulpicio

(cf. BERGHE, Oswald van der. *Marie et le sacerdoce*. 2.^a ed. Paris: Louis Vivès, 1875, p. 105).

⁴ LHOUMEAU, Antonin. *La vie spirituelle à l'école du Bienheureux L.-M. Grignon de Montfort*. 4.^a ed Tours: Alfred Mame et Fils, 1920, p. 460.

⁵ SAN JUAN EUDES. «Le Cœur admirable de la très Sacrée Mère de Dieu». In: *Œuvres complètes*. Vannes: Lafolye Frères, 1908, t. VI, p. 322.

⁶ ROYO MARÍN, OP, Antonio. *La Virgen María*. 2.^a ed. Madrid: BAC, 1997, p. 111.

⁷ *Idem*, p.173.

⁸ LAURENTIN, René. «Marie et la Messe. Essai sur un problème de spiritualité sacerdotale». In: *Nouvelle Revue Théologique*. Bruxelles. Año LXXI. N.º 1 (1949), p. 53.

⁹ LHOUMEAU, *op. cit.* p. 464.

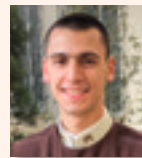
¹⁰ BERGHE, *op. cit.*, p. 299.



Otro Elías

Más de dos milenios después, ¿en qué nos concierne la historia de San Eliseo? En todo. Él es para nosotros un hermano mayor que nos ha precedido en el camino de la esclavitud a María.

✠ Ángel Francisco Neto Martins



Reproducción

San Eliseo - Capilla del King's College, Londres

San Eliseo, ¿quién es? El padre y señor de los profetas del monte Carmelo. El predicador que multiplicó panes. El hombre al que le obedecían los osos. El dominador de los reyes de su tiempo. El vidente para quien el futuro no era un enigma. El más taumaturgo de los profetas. El general que venció ejércitos él solo. Aquel que, vivo, resucitó a un niño y, muerto, le devolvió la vida a un adulto. El santo con quien el Altísimo hablaba al son del arpa.

¿Ése es Eliseo? No.

Esas son las hazañas de Eliseo. Su verdadera historia no se encuentra en lo que hizo, sino en lo que fue. Y fue mucho mayor que las grandezas antes mencionadas. Se convirtió en otro Elías.

Un nuevo padre

Volvamos en torno al año 860 a. C.¹ Un joven, con sus doce yuntas de bueyes, ara la tierra de Abel Mejolá, en Israel: Eliseo, hombre relativamente rico, asentado en la vida. Tendrá quizá unos 20 años y ya se ha trazado un camino conforme a la ley, tranquilo, sin grandes sobresaltos y, por tanto, sin gran gloria.

Pero de repente, ¡todo cambia! Eliseo advierte que se acerca el hombre de Dios: Elías, el profeta que apenas hacía dos meses se había enfrentado, él solo, al rey y a la reina, así como a los ochocientos cincuenta sacerdotes de Baal y Aserá. Los había vencido en nombre del Señor, haciendo descender fuego del cielo a la tierra.

Cuando se acerca, sin mediar palabra, echa su manto sobre Eliseo. Éste comprende que el profeta acaba de confiscarlo simbólicamente y, dejando de inmediato sus bueyes, corre tras Elías (cf. 1 Re 19, 20). Pero las añoranzas de una vida fácil podrían traicionar a Eliseo. No así la nostalgia de una vida entregada en holocausto. Toma una yunta de bueyes y los sacrifica. Con la madera del yugo asa la carne y se la da a su pueblo para que comiera (cf. 1 Re 19, 21). No quedan ni animal ni arado. Renunciaba entonces a sus *bienes materiales*.

Y, mientras los suyos se dan un festín, se despide de ellos para siempre a causa de una misión más elevada que él mismo. Renunciaba así a los *bienes afectivos y familiares*. Son los dos primeros pasos de sangre indispensables para ser un discípulo perfecto: luego «se levantó, siguió a Elías y se puso a su servicio» (1 Re 19, 21).

Durante unos seis años, Eliseo sigue de cerca a su nuevo padre espiritual en sus arriesgadas empresas: es el período en el que Elías se enfrenta al rey Ajab (cf. 1 Re 21), denuncia la idolatría del rey Ocozías (cf. 2 Re 1, 1-4) y destruye, con fuego del cielo, a dos destacamentos que iban a apresarlos (cf. 2 Re 1, 9-17). Empapándose y admirando cada gesto de su maestro, allí está Eliseo.

Sordo para el mundo

Pero ha llegado la hora de que Elías se marche, y la prueba definitiva para

el discípulo: ¿estaría dispuesto a seguir al maestro, a pesar de la opinión contraria de éste y de toda la sociedad?

La prueba empieza por lo más arduo. Elías le prohíbe hacer aquello para lo que fue hecho, es decir, seguir al profeta: «Quédate aquí, pues el Señor me envía a Betel». «¡Vive Dios! ¡Por tu vida —contestó Eliseo—, no te dejaré!» (2 Re 2, 2). Y así salió victorioso: había sabido escuchar las palabras de su padre, no lo que éstas decían, sino lo que Elías deseaba de verdad. Comprendía bien el ígneo corazón de su maestro.

Entonces tiene lugar la segunda etapa. «La comunidad de los profetas que allí moraba salió al encuentro de Eliseo y le dijeron: “¿Sabes que el Señor arrebatará hoy a tu señor por encima de tu cabeza?”» (2 Re 2, 3). Ahora tenía que enfrentarse a su propio entorno... Eliseo había renunciado a los lazos de sangre. Vivía en completa oposición al mundo. Pero en ese momento debía ignorar las exhortaciones de sus hermanos de vocación, de aquellos que vivían con él. Tenía que renunciar a *su* mundo. Y lo hace: «Claro que lo sé. ¡Callad!» (2 Re 2, 3), les responde.

Y sigue acompañando a Elías. Mientras maestro y discípulo se alejan conversando, los cincuenta hombres de la comunidad de los profetas menean la cabeza, como diciendo: «Ese radical de Eliseo... ¿cuándo aprenderá a tener sentido común?».

El doble espíritu

Entre tanto, Elías se dirige a Eliseo: «Pídemelo que quieras que haga por ti antes de que sea arrebatado de tu lado» (2 Re 2, 9). La respuesta fue explosiva y directa, brotó como un géiser de un alma consumida por la admiración: «Por favor —exclama Eliseo—, que yo reciba dos partes de tu espíritu» (2 Re 2, 9).

¡Era el grito de victoria definitivo sobre el orgullo! Eliseo había derribado, una a una, todas las torres del amor propio a medida que renunciaba meticolosamente a todo. Finalmente, vaciado de sí mismo, se convirtió en un odre escogido, preparado para recibir los vinos preciosos y siempre nuevos del profetismo.

Así, en el instante en que caballos de fuego arrebataban a Elías en un torbellino, el manto doblado de su maestro descende sobre Eliseo y, en doble medida, el espíritu de Elías. Y el discípulo se despidió con aclamaciones



San Elías es arrebatado en un carro de fuego ante Eliseo - Convento Monte Carmelo, Haifa (Israel)

«Dos partes de tu espíritu»: he ahí el grito de victoria final de quien, vaciado de sí mismo, estaba preparado para recibir el profetismo

que invocaban protección: «¡Padre mío, padre mío! ¡Carros y caballería de Israel!» (2 Re 2, 12).

Volviendo sobre sus pasos, Eliseo llega a la orilla del Jordán, separa las aguas y cruza el río sobre terreno seco. La comunidad de los profetas, al contemplar tal escena, no pueden sino constatar: «El espíritu de Elías se ha posado sobre Eliseo» (2 Re 2, 15). Y se postraron en tierra ante Elías en Eliseo.

A partir de ahora comienzan los milagros asombrosos y sorprendentes del discípulo perfecto. Ya desde el principio saneará las aguas insalubres de una ciudad (cf. 2 Re 2, 19-22) y, poco después, ordenará a dos osos que castiguen a cuarenta y dos jóvenes que se burlaban del profeta (cf. 2 Re 2, 23-25). A una viuda le multiplicará el preciado aceite, obtendrá de Dios un hijo para una mujer estéril y, cuando éste muera, lo devolverá a la vida y a los brazos de su madre (cf. 2 Re 4, 1-37). Tal aprecio por la maternidad hará de él «padre» y «madre» para la comunidad de los profetas, a quienes curará de una intoxicación alimentaria colectiva y, en otra ocasión, saciará a cien hombres con veinte panes, los cuales, multiplicados más allá de la medida, aún sobrarán (cf. 2 Re 4, 38-44).

Podríamos enumerar muchas otras acciones maravillosas de Eliseo que ocupan varios capítulos del Segundo Libro de los Reyes. Sin embargo, detengámonos sólo en dos de los aspectos más significativos de la vida del profeta: su señorío y su esclavitud.

Los ejércitos de Eliseo

No había, en tiempos de Eliseo, ni un solo plan secreto del rey de Aram, de la región de Siria, contra Israel que no fracasara. La única explicación, concluía el arameo, era que alguien de su séquito estuviera del lado de los is-



raelitas. Reunió a los hombres del consejo y los amenazó: «¿No sois capaces de asegurar la información? ¿Quién de los nuestros está de parte del rey de Israel?». Uno de ellos respondió: «Nadie, oh rey, mi señor. Lo que sucede es que Eliseo, el profeta que hay en Israel, comunica al rey de Israel todo lo que tú dices en el interior de tu cámara» (2 Re 6, 11-12). La medida fue extrema: se movilizó un ejército entero para vencer al profeta del Todopoderoso.

Cuando el siervo de Eliseo vio llegar a las tropas que iban a apresar a su señor, se desesperó. Pero el hombre de Dios lo tranquilizó: «No temas. Son más los que están con nosotros que con ellos» (2 Re 6, 16). Y, orando al Omnipotente, imploró que se le abrieran los ojos al siervo. Finalmente, éste contempló la realidad: «Vio la montaña cubierta de caballos y carros de fuego en torno a Eliseo» (2 Re 6, 17). La misma caballería de fuego que había transportado a Elías, ahora formaba la guardia de honor de Eliseo. El santo de Yahvé tenía a sus órdenes las incontables legiones de los serafines.

Abierto un nuevo horizonte ante el siervo, Eliseo sumió en la oscuridad la vista de sus perseguidores. De un momento a otro, el ejército arameo se

convirtió en una burlesca tropa de ciegos guiando a ciegos. El hijo de Elías descendió hacia ellos y pasó a comandar a quienes venían a arrestarlo. Ahora no sólo disponía de los soldados del Cielo, sino también de los de la tierra extranjera. Y, como con las tinieblas

*Empiezan los
asombrosos milagros
del discípulo perfecto.
En todos ellos,
destacan dos aspectos
significativos:
señorío y esclavitud*

acababa de vencerlos y convencerlos de esta verdad, les devolvió la vista y los persuadió de que regresaran a su patria: «Las bandas de arameos dejaron de invadir el territorio de Israel» (2 Re 6, 23).

¿De dónde le venía tal soberanía? ¿Qué lo elevó por encima de los emperadores? La esclavitud.

Esclavo de amor

Elías se había marchado, pero el discípulo perfecto no dejó de servirle. «Eliseo, hijo de Safat, el que vertía el agua sobre las manos de Elías» (2 Re 3, 11) —típica tarea del esclavo en aquellos tiempos—, continuó ejerciendo su vasallaje incluso en ausencia física de su maestro. Y con todas las manifestaciones propias de ese estado.

Honores y fama los despreciaba como el fango. Cuando Naamán, el célebre general de Aram, acudió al profeta para pedirle la curación de su lepra, Eliseo ni siquiera salió a recibirlo. No necesitaba ser cortejado para limpiar la carne corrompida del peregrino.

Al igual que al prestigio, rehuía también los tesoros. Naamán, sanado por la intercesión de Eliseo, le ofreció oro y vestiduras: «Recibe, pues, un presente de tu siervo», le suplicó. «Vive el Señor ante quien sirvo —replicó Eliseo—, que no he de aceptar nada» (2 Re 5, 15-16).

¿Por qué no quería el más mínimo atisbo de recompensa? Porque *servía*.

A solas, no era menos austero. Así lo atestiguó un matrimonio de Sunén que solía acogerlo en su casa. Marido y mujer decidieron construirle una habitación al huésped con todo lo necesario: «una cama, una mesa, una silla y una lámpara» (2 Re 4, 9-10). Ése era el lujo del hombre que dirigía los asuntos de Israel, comandaba las tropas enemigas y se hacía obedecer por los querubines. ¿Dónde estaban las alfombras? ¿Dónde los cuadros? ¿Dónde los hermosos objetos de oro? Todo eso lo había inmolido con los bueyes de Abel Mejolá.

Así era el siervo de Elías.

La muerte y la recompensa

Los decenios transcurrieron muy intensos en la vida de Eliseo, hasta aproximadamente el año 790 a. C. En esa época le sobreviene su postrera enfermedad. Junto al lecho donde se preparaba para el viaje definitivo, está de rodillas el rey de Israel, Joás, afligido y consternado.



«El profeta Eliseo maldice a los niños que se burlaban de él», de Willem Willemsz van den Bundel - Gemäldegalerie, Berlín

Reproducción

Eliseo, a quien «durante su vida ningún príncipe lo hizo temblar» (Eclo 48, 12), escucha entonces, de labios del monarca, el elogio que no esperaba, las palabras supremas de alabanza, las mismas que le había dirigido a Elías al verlo entre remolinos de fuego: «¡Padre mío, padre mío! —exclama con lágrimas el rey Joás—, ¡carros y caballería de Israel!» (2 Re 13, 14).

Todo estaba dicho. Elías y Eliseo, unidos en la vida terrena, inseparables a pesar de la muerte, se encontrarían al otro lado ostentando el mismo título, la misma aureola, el mismo espíritu.

«Le basta al discípulo con ser como su maestro» (Mt 10, 25). A Eliseo le bastaba y sobraba...

Ochenta años después de ver la luz y seis décadas tras su encuentro con Elías, Eliseo podía cerrar en paz los ojos al mundo, pues «nada era imposible para él, incluso muerto, su cuerpo profetizó. Durante su vida realizó prodigios, y después de muerto fueron admirables sus obras» (Eclo 48, 13-14). Hasta un cadáver, arrojado sobre «los

Enseñó que quien se entrega a la Madre de Dios debe darle todo, renunciando a sus bienes y a su mundo, si no efectiva, al menos afectivamente

huesos de Eliseo, cobró vida y se puso en pie» (2 Re 13, 21).

Otros Eliseos

Más de dos milenios y medio después de aquellos acontecimientos, ¿cómo nos conmueve la historia de San Eliseo?

En todo. Él es para nosotros un ejemplo, un ideal, un hermano mayor



«Eliseo rechaza los regalos de Naamán», de Pieter de Grebber - Colección particular

Reproducción

que nos ha precedido en el camino, que ya ha recorrido con perfección las sendas que ahora transitamos.

Eliseo fue otro Elías. Debemos ser muchos otros Eliseos. Porque, de la misma forma que «Eliseo fue fiel a Elías, así debemos ser nosotros fieles a Nuestra Señora». ² Elías, primer devoto de la Virgen, la prefiguró en cierto modo. De manera que también Eliseo anunció a los futuros esclavos de amor a María.

Enseñó que quien se entrega a la Madre de Dios debe darle todo y darse por entero, renunciando a sus bienes y a su mundo, si no de forma efectiva, al menos afectivamente. Proclamó que sólo será siervo de María el que la siga a pesar de la opinión contraria de los demás, el que la acompañe incluso en las arideces del alma y en las aparentes contradicciones de la vida espiritual.

Pero también demostró a la posteridad que quien se desprenda de todo tendrá a sus órdenes la caballería del Cielo y —¡oh, tesoro inmenso, impensable!— recibirá en doble medida el espíritu de su Señora: «Quizá antes de lo que se piensa —profetizó San Luis Grignion de Montfort—, Dios suscitará grandes hombres llenos del Espíritu

Santo y del espíritu de María [...]; y por medio de esta devoción [de la esclavitud de amor] a la Santísima Virgen, la cual sólo he esbozado y disminuido por mi debilidad, estos santos personajes lo superarán todo». ³

Imitemos a San Eliseo. Y si somos para María lo que él fue para Elías, él se convertirá en una prefiguración nuestra: «Que tengamos el espíritu de Ella como Eliseo tuvo el de Elías, y todo estará hecho». ⁴ ✚

¹ Los datos históricos presentes en este artículo han sido tomados, además de la Sagrada Escritura, de las siguientes obras: SPADAFORA, Francesco. «Eliseo». In: SPADAFORA, Francesco (Dir.). *Diccionario Bíblico*. Barcelona: Editorial Litúrgica Española, 1959, p. 184; MARCONINI, B. «Eliseo». In: LEONARDI, C.; RICCARDI, A.; ZARRI, G. (Dir.). *Diccionario de los santos*. Madrid: San Pablo, 2000, t. 1, pp. 678-680.

² CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *Homi-lia*. São Paulo, 17/6/2006.

³ SAN LUIS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT. «Le Secret de Marie», n.º 59. In: *Œuvres Complètes*. Paris: Du Seuil, 1966, p. 468.

⁴ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plínio. *Conferencia*. São Paulo, 26/2/1966.



«¡La felicito por el hijo que tiene!»

«Dios honra a los padres en los hijos», reza la Sagrada Escritura (cf. Eclo 3, 3). Convaleciente de una operación en París, un episodio cotidiano le dio a Dña. Lucilia la oportunidad de comprobar cuán verdadero es ese proverbio.

✎ Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

En la capital francesa, donde las luces de la historia aún se dejaban sentir en cada rincón, fue donde Dña. Lucilia acabaría recuperando por completo la salud.¹

París no le era del todo ajena. Desde muy temprana edad había convivido, por así decirlo, con ella, a través de la lectura asidua de autores franceses y, sobre todo, del *Journal de l'Université des Annales*,² así como por el trato cercano con parientes y amigos que con frecuencia iban allí a pasar temporadas.

Los encantos de la Ciudad de la Luz

Al ver por primera vez muchos de aquellos edificios, era como si volviera a encontrarse con viejos conocidos, y le venía a la memoria la imagen ideal que se había formado de ellos por las descripciones oídas o leídas. Con el paso del tiempo, su fascinación por las tradiciones históricas perceptibles en la magnífica urbe no dejaría de crecer. El colorido de los vitrales de Notre Dame, el centelleo de la luna llena sobre las blancas piedras de los monumentos, las aguas del Sena fluyendo bajo puentes de bellísima cantería, dando la impresión de correr cargadas de reminiscencias; en fin, todo la maravillaba.

No era menor su admiración por el esplendor de aquella refinada sociedad de los últimos años de la *Belle Époque*, que entonces alcanzaba su máximo fulgor.

Además, inocente como un cordero y delicada como un armiño, le complacía mucho apreciar las bellas sonoridades de la lengua francesa, que hablaba a la perfección.

En esa París, tan amada por tantos motivos, se establecerá Dña. Lucilia durante algún tiempo, teniendo en vista también, y quizá principalmente, la formación de sus hijos.

De la famosa plaza de la Estrella, donde se alza el Arco de Triunfo, parte, entre otras, la avenida Friedland. En ella se encuentra el Hotel Royal. En este espléndido establecimiento, cuyo propietario era *Monsieur* de Dedrines, de noble estirpe, fue donde Dña. Lucilia se alojó con los suyos en 1912.

Ya en la ancianidad, casi con 92 años, Dña. Lucilia aún conservará vivo recuerdo de varios pequeños episodios ocurridos con ocasión de su estancia en el *doux pays*.³

Teatro de marionetas en el Rond Point

Narraba ella:

*Estando en el hotel, en París... Ya sabe usted, no podía moverme con facilidad, pues todavía sufría los efectos de la operación a la que me había sometido en Alemania. Por eso, no salía todos los días y dejaba a los niños con la institutriz, que los llevaba al Rond Point.*⁴

Un día, al volver de ese paseo, la Fräulein⁵ me dijo que Plinio estaba causando sensación entre los asisten-

tes de un teatrillo de marionetas. Discutía con los muñecos, arremetía contra un «cocodrilo»... y aquello me dejó preocupada. ¿Qué estará ocurriendo?

Al día siguiente me desperté mejor, con más ánimo. Decidí entonces acompañar yo misma a los niños, sin decirle el motivo ni siquiera a la institutriz, para no inquietarla.

Llegamos y compramos las entradas. El lugar, cercado por unas cuerdas, era al aire libre. Los niños, muy bien arreglados, iban todos acompañados de familiares o de institutrices.

Hasta el momento de empezar el teatrillo, mis dos pequeños estaban comportándose bien, sentados en la platea. Cuando se inició la función, justed no se imagina! Plinio se indignó contra un cocodrilo que quería devorar a un sacerdote, se puso de pie y comenzó a discutir con él.

Se trataba de un muñequito con forma de cocodrilo que polemizaba con otro, que representaba a un sacerdote, y que afirmaba tener derecho a devorarlo. Esgrimía argumentos injustos, anticlericales, y el sacerdote contraargumentaba, intentando defenderse.

El dueño de las marionetas —continuaba Dña. Lucilia—, al ver que aquello llamaba mucho la atención de todos los presentes, se aprovechó de la circunstancia: hizo que el cocodrilo alzara la voz y, volviéndose hacia Plinio, entabló discusión directamente con él. Entonces, aún más indignado, se su-

bió al asiento y, desde allí, con el dedito en ristre así y moviéndolo —ella hacía con el dedo el gesto de negación—, le decía al cocodrilo que no era verdad.

Con una voz extraordinaria, lo imitaba:

—*Ce n'est pas vrai, ce n'est pas vrai!*

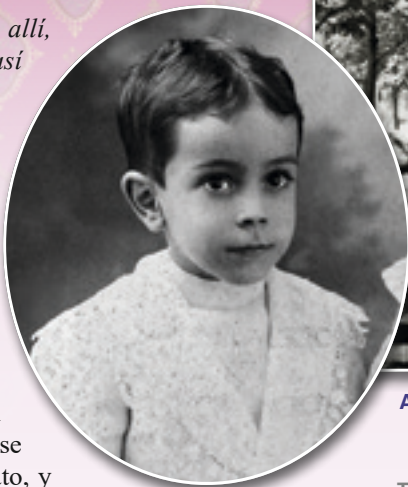
La escena, según contaba Dña. Lucilia, se prolongaba un buen rato, y Plinio, durante toda la representación, formaba parte del espectáculo. El teatrillo quedaba así constituido no sólo por las marionetas, sino también por un vivo e inteligente niño brasileño, que ya a esa edad se expresaba muy bien en francés.

Doña Lucilia proseguía su relato con un hecho encantador que ocurrió justo después.

El «robo» del pastel

Cuando volvíamos al Hotel Royal —decía ella— resolví llevar a mis hijos a una confitería. Se llamaba *Marquise de Sévigné*. Rosée y Plinio se quedaron fascinados con las vitrinas tan bien decoradas, repletas de dulces, caramelos y bombones de bellos colores y atractivos envoltorios. Rosée eligió su dulce y Plinio quiso un pastel de café. La dependienta los empaquetó y se los entregó a los niños. Plinio cogió el suyo enseguida y ya se adelantaba para salir. Lo llamé y le dije:

—Hijo mío, ¿sólo vas a llevarte el tuyo? No está bien que un caballero



Fotos: Reproducción

Asombrada, Dña. Lucilia presenció el desarrollo de la escena: el pequeño Plinio, de tan sólo 4 años, defendía con garbo al pobre sacerdote en peligro...

Teatro de marionetas de París; en el destacado, Plinio con 4 años

deje que la dama cargue con algo. Es imprescindible que cojas el de tu hermana y lo lledes también.

Sin oponer resistencia, tomó los dos paquetes y fue llevándolos, uno en cada mano, por la calle.

Iba caminando delante, satisfecho; detrás, Rosée y yo. De repente vi pasar a un hombre cerca de mí, con sombrero, perilla y unos bigotes muy finos, que aparentaba ser muy educado. Me guiñó un ojo, dando a entender que gastaría una broma totalmente amistosa, como pidiéndome que le permitiese ese respetuoso atrevimiento de su parte.

Luego se puso delante de Plinio —continuaba Doña Lucilia— le quitó los dos paquetes y le dijo:

—¡Muchas gracias! ¡Muchísimas gracias, de verdad! Es usted muy amable, le agradezco que me haya hecho este regalo —y se alejó caminando.

Plinio corrió tras el hombre, lo agarró por las piernas, para que se detuviera, y afirmó:

—No es correcto lo que está haciendo.

—¿Pero cómo?! Si usted me ha dado estos dulces.

—No, señor, usted está cometiendo dos pecados: primero, porque me ha robado, ya que no le he dado los dulces; y, segundo, porque está mintiendo, diciendo que se los he dado, cuando no he dicho tal cosa. Haga el favor de devolvérmelos, porque no son suyos.

Después de discutir un poco con Plinio, el hombre acabó por restituírle los paquetes, se volvió hacia mí, se quitó el sombrero y me saludó:

—Señora, su hijo es encantador. Todas las mañanas me tomo un descanso de mi trabajo para pasar por el Rond Point y poder asistir a sus discusiones en el teatro de marionetas. ¡La felicito por el hijo que tiene! ❖

Extraído, con adaptaciones de: *Doña Lucilia*. Città del Vaticano-Lima: LEV; Heraldo del Evangelio, 2013, pp. 143-146.

¹ Afectada por una penosa enfermedad, Dña. Lucilia viajó a Alemania en 1912 para someterse a una operación de vesícula biliar. La intervención, que en aquel entonces entrañaba un gran riesgo, fue realizada con éxito por el Dr. August Karl Bier, un cirujano de

renombrado y médico personal del káiser.

² Revista francesa en la que destacaba una sección que reproducía conferencias impartidas por historiadores y literatos de prestigio. Éstas estaban ilustradas por actores vestidos se-

gún la costumbre de la época a la que se refería el orador.

³ Del francés, literalmente: «dulce país». Expresión cariñosa con la que los franceses designaban a su propia nación.

⁴ Plaza ajardinada de forma circular, atravesada por varias

vías principales, la más importante de las cuales es la avenida de los Campos Elíseos.

⁵ Del alemán: «señorita». En Brasil de aquellos tiempos se usaba la palabra como sinónimo de institutriz de origen alemán encargada del cuidado de los niños.

Hermana Pobreza y Dama Grandeza

En su celo por el esplendor de la liturgia, los santos nos revelan el sobrenatural equilibrio entre pobreza y magnanimidad.



✠ Diac. Gabriel Borges Bonfim Silva, EP

Al declararse unido en simbólico casamiento con la Hermana Pobreza, San Francisco de Asís nos legó una valiosa lección. Dado que en la naturaleza del matrimonio está la comunión de bienes, podemos imaginar la «ventaja» que el santo mendicante debió haber sacado de ese desposorio místico...

Pobre por naturaleza, evidentemente, y evocando virtudes como la humildad y la mansedumbre, la Hermana Pobreza es, no obstante, rica en bienes celestiales. Según la teología, mediante la pobreza nos desprendemos de los bienes terrenales por amor a la herencia celestial, tal y como lo prescribió Cristo: «Si quieres ser perfecto, anda, vende tus bienes, da el dinero a los pobres; así tendrás un tesoro en el Cielo» (Mt 19, 21). Aunque se trata de un consejo universal, los religiosos han de

practicar la pobreza con mayor perfección por la emisión de un voto.

La pobreza es también una bienaventuranza (cf. Mt 5, 3), pero no todos la viven de la misma manera. A menudo conviene que los obispos, por ejemplo, usen solemnes paramentos que manifiesten la plenitud del sacramento del orden, para que ellos mismos recuerden que son sucesores de los Apóstoles e inspiren a los fieles a practicar la virtud del honor, llamada por Santo Tomás de Aquino *dulia*. No les compete abrazar una pobreza superficial, sino más bien, por razón de su cargo, ejercerla junto con la virtud de la magnanimidad, que implica también la posesión de ciertos bienes exteriores.

La magnanimidad, «que también se conoce como grandeza de alma o nobleza de carácter, es una disposición noble y generosa para emprender gran-

des cosas por Dios y por el prójimo»; supone un «alma noble, con un ideal elevado, ideas generosas; un alma valiente que sabe poner su vida en armonía con sus convicciones».¹

Así pues, fueron magnánimos y a la vez desapegados: San Francisco de Asís, que «anunciaba a los frailes la incomparable dignidad, la arcana gloria y la sublimidad de la imitación de la humilde y pobre vida de Cristo»;² el terciario franciscano San Luis IX, rey de Francia, al construir la deslumbrante Sainte Chapelle; el mendicante Santo Tomás de Aquino al erigir el exuberante monumento de la *Suma Teológica*; el siervo de los siervos de Dios, el sumo pontífice, que desde su sede hace brillar la autoridad de Cristo, en su condición de vicario.

Los mejores ejemplos de armonía entre pobreza y grandeza los encontra-

«Matrimonio místico de San Francisco con la Pobreza», de Giotto di Bondone - Basílica de San Francisco, Asís (Italia)





Dedicación del altar mayor de la iglesia abacial de Cluny por el papa Urbano II - Biblioteca Nacional de Francia, París

Reproducción

mos precisamente en la vida de los santos. En ellos se aprecia, además, que su magnánimo celo por la liturgia y por la instrucción de la grey hacía que no fueran mezquinos en el uso de los bienes terrenales para mayor esplendor del servicio a Dios.

San Clemente María Hofbauer, célebre por sus misiones populares, al referirse al papel del arte en colaboración con el predicador, comentó que «el pueblo oye más con los ojos que con sus propios oídos; queda cautivado por lo que ve».³ En la iglesia de los redentoristas de Varsovia, a instancias del misionero, no faltaba la orquesta: decenas de violinistas lo acompañaban. Mencionó en una carta que había adquirido en Viena un valioso instrumento musical para su uso en la misma iglesia. Y para justificarse ante ciertos detractores irritados, que ocupaban altos cargos, explicó: «No se trataba de un deleite para el oído, sino de alabanza a Dios. Cuanto más festivo fuera un servicio religioso, tanto más experimentaría el hombre a Dios; por la armonía de la música, el

corazón y la mente se elevan a Dios y se embriagan de devoción».⁴

En el presbiterio encendía tantas velas como le era posible y vestía con esmero a los monaguillos. Los ornamentos eran de lo más bello y el lugar albergaba una Biblia de gran valor. Ante los impresionantes resultados en materia de conversiones y administración de los sacramentos, causa perplejidad conocer la violenta persecución desatada contra el santo redentorista, acusado de «terribles» delitos...

Arquetipo de la pobreza, San Francisco, que llegó a confesarle a uno de sus hijos espirituales —que se preocupaba por hacer reservas para el futuro— que preferiría que se despojara el altar de la Santísima Virgen si la necesidad lo requiriera, antes que faltar un ápice al voto de pobreza, era también muy celoso en socorrer a los sacerdotes empobrecidos, sobre todo en lo que se refería al decoroso ornato de los altares.⁵

San Odilón, abad de Cluny y gran limosnero, afirmó que «el oro de la Iglesia no está hecho para ser acumulado,

sino para ser distribuido», y uno de sus biógrafos narra que «cedió en beneficio de los pobres hermosos jarrones y joyas de su iglesia, incluida la corona del emperador Enrique I, al considerar indigno negar estos objetos a los pobres de Cristo, ya que su sangre fue derramada por ellos».⁶ Por otra parte, el mismo santo —como los demás abades cluniacenses— elevó el esplendor de los templos y de la liturgia a un grado sorprendente: paramentos de gran valor, pinturas murales, candelabros dorados, libros decorados, velas en abundancia y toda clase de ornamentación.

En resumen, la Hermana Pobreza, cuando es desposada por un alma justa, no engendra mezquindad ni pusilanimidad, sino el florecimiento de la virtud de la grandeza, la magnanimidad. Por lo tanto, el desprendimiento evangélico, vivido en plenitud por tantos santos, no es un fin en sí mismo, sino un medio de vaciamiento para una mayor manifestación de la gloria de Dios: «Él tiene que crecer, y yo tengo que menguar» (Jn 3, 30). ✠

¹ TANQUEREY, Adolphe-Alfred. *Précis de Théologie Ascétique et Mystique*. 6.ª ed. París: Saint Jean l'Évangéliste, 1924, p. 680.

² CLARENO, Ángelo. *Historia septem tribulationum Ordinis Minorum*, L. I.

³ Heizmann, CSsR, Josef. *Vida de São Clemente Hofbauer*.

Aparecida: Santuário, 1988, p. 72.

⁴ *Idem*.

⁵ Cf. SAN BUENAVENTURA. *Le-yenda de San Francisco de*

Asís, c. I, n.º 6; c. VII, n.º 4; c. VIII, n.º 5.

⁶ CHAGNY, André. *Cluny et son empire*. Lyon-París: Emmanuel Vitte, 1938, p. 218.



Soy todo tuyo, eres toda mía

*G*uardad, verted en el seno y corazón de María todos vuestros tesoros, todas vuestras gracias y virtudes; él es un vaso espiritual, un vaso de honor, un vaso insigne de devoción.

Desde que se encerró en él el mismo Dios en persona con todas sus perfecciones, este vaso se ha hecho todo espiritual, y se ha convertido en la mansión espiritual de las almas más espirituales; se ha hecho honorable y el trono de honor de los mayores príncipes de la eternidad; se ha hecho insigne en devoción, y la mansión más insigne en dulzuras, en gracias y en virtudes; se ha hecho, finalmente, rico como una casa de oro, fuerte como la torre de David y puro como torre de marfil.

¡Qué feliz es el hombre que todo lo ha entregado a María, que en todo y por todo se confía y se pierde en María! Él es todo de María, y María es toda de él.

San Luis María Grignion de Montfort